

Portavoz de la Gracia

NÚMERO 20

BUENAS OBRAS

*Cristo “se dio a sí mismo por nosotros
para redimirnos de toda iniquidad y
purificar para sí un pueblo propio,
celoso de buenas obras”.*

Tito 2:14

Nuestro propósito

*“Humillar el orgullo del hombre, exaltar la gracia
de Dios en la salvación y promover santidad
verdadera en el corazón y la vida”.*

Portavoz de la Gracia

20

Buenas obras

Contenido

¿Cree usted que tiene acaso alguna buena obra?	3
<i>Charles H. Spurgeon (1834-1892)</i>	
Obras, gracia y salvación	7
<i>David Martyn Lloyd-Jones (1899-1981)</i>	
Las Escrituras y las buenas obras	17
<i>Arthur W. Pink (1886-1952)</i>	
Las buenas obras y los justificados	22
<i>Horatius Bonar (1808-1889)</i>	
La fe que salva y las buenas obras	30
<i>Ebenezer Erskine (1680-1754)</i>	
Celoso de buenas obras	32
<i>Thomas Manton (1620-1677)</i>	
La necesidad de ocuparnos en buenas obras	41
<i>Ebenezer Erskine (1680-1754)</i>	
La mejor manera de motivar las buenas obras	45
<i>John Bunyan (1628-1688)</i>	
El juicio y la recompensa de los santos	51
<i>John Bunyan (1628-1688)</i>	

Publicado por Chapel Library
Enviando por todo el mundo materiales centrados en Cristo de siglos pasados

© Copyright 2017 Chapel Library, Pensacola, Florida, USA.

En todo el mundo: Por favor haga uso de nuestros recursos que puede bajar por el Internet sin costo alguno, y están disponibles en todo el mundo. In **Norteamérica:** Por favor escriba solicitando una suscripción gratis. *Portavoz de la Gracia* se publica dos veces al año. Chapel Library no necesariamente coincide con todos los conceptos doctrinales de los autores cuyos escritos publica. No pedimos donaciones, no enviamos promociones, ni compartimos nuestra lista de direcciones.

En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con

CHAPEL LIBRARY
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA
chapel@mountzion.org • www.chapellibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno.

www.chapellibrary.org/spanish

¿CREE USTED QUE TIENE ACASO ALGUNA BUENA OBRA?

Charles H. Spurgeon (1834-1892)

Cristo “se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras” (Tito 2:14).

Seguramente, ninguno de ustedes terminará con un espíritu legalista esta mañana por lo que vamos a decir, porque después de nuestras repetidas exhortaciones de que eviten cualquier cosa que se parezca a confiar en sus propias obras —exhortaciones que, esperamos, tendrán la unción del Espíritu Santo— será muy difícil que nos malentiendan, al punto de suponer que cuando hablamos hoy sobre buenas obras, queremos que crean que éstas puedan promover su salvación eterna. Hace dos domingos nos esforzamos por hacerles entender la diferencia entre los dos pactos: El pacto de gracia¹ y el pacto de obras². Les ruego que recuerden lo que dijimos en aquella oportunidad y, si por algún desliz dijéramos ahora algo que parece legalismo³, por favor cotejen ambos mensajes y, si de alguna manera nos desviamos de la gran verdad de la justificación⁴, rechacen nuestro testimonio...

Los hijos de Dios son un pueblo santo. Fue para este propósito que nacieron y fueron traídos al mundo: Para que fueran santos. Para esto fueron redimidos por sangre y hechos un pueblo adquirido. El propósito de su elección y la intención de todos sus propósitos no se cumplen hasta que se convierten en un pueblo celoso de buenas obras.

Primero, entonces, contestemos la pregunta: “¿Qué son buenas obras?” Me atrevo a decir que ofenderemos a muchos cuando expli-

¹ **Pacto de gracia** – El propósito eterno de redención, concebida por Dios por su gracia antes de la creación del mundo, anunciada por primera vez en Génesis 3:15, revelada progresivamente a través de la historia, lograda en la Persona y obra de Jesucristo, y apropiada por fe en él.

² **Pacto de obras** – El pacto que Dios estableció con Adán en el huerto del Edén antes de caer en pecado. Establecía la obligación del hombre de obedecer a Dios y la pena de muerte para la desobediencia (Gn. 2:16-17).

³ **Legalismo** – Confiar en las obras para salvación, en lugar de la gracia de Dios en Cristo.

⁴ **Justificación** – “La justificación es un acto de la libre gracia de Dios, mediante la cual perdona nuestros pecados y nos acepta justo antes sus ojos, solamente en virtud de la justicia de Cristo que nos es imputada y que recibimos solamente” —Catecismo Menor de Westminster, P. 33.

quemos qué son las buenas obras y podemos recorrer mucho camino antes de ver siquiera una buena obra. Usamos aquí la palabra *buena* en su sentido correcto. Hay muchas obras que son buenas entre un hombre y otro, pero aquí usaremos la palabra *buena* en un sentido más elevado, a saber, en relación con Dios. Pensamos que podremos mostrarles que hay muy pocas buenas obras, en general, y que no hay ninguna fuera del ámbito de la iglesia de Cristo. Creemos, si leemos las Escrituras correctamente, que ninguna obra puede ser buena, a menos que sea ordenada por Dios. ¡Esto pone en evidencia gran parte de lo que los hombres hacen a fin de obtener la salvación! El fariseo dijo que diezmaba la menta, el anís y el comino, pero ¿podía probar que Dios le había ordenado diezmar su menta, su anís y su comino? Quizá no. Dijo que ayunaba tantas veces por semana. ¿Podía probar que Dios le dijo que ayunara? Si no, su ayuno no era obediencia. Si hacemos algo que Dios no nos ordena hacer, no lo hacemos como un acto de obediencia. Vanas pues, son todas las pretensiones de los hombres que mortifican sus cuerpos, castigan su carne o hacen esto o aquello para obtener el favor de Dios. Ninguna obra es buena, a menos que Dios la haya ordenado. Uno puede edificar muchas casas para desamparados, pero si se construyen sin referencia al mandamiento divino, no se ha realizado ninguna buena obra.

Además, nada es una buena obra, a menos que se realice con una buena motivación y no hay motivación que se pueda llamar buena, a menos que sea para la gloria de Dios. El que realiza buenas obras con la intención de salvarse, no las hace por un buen motivo porque su motivación es egoísta. El que las hace también para ganarse la estima de sus semejantes y por el bien de la sociedad, tiene un motivo loable en cuanto al hombre se refiere, pero es, después de todo, una motivación inferior. ¿Qué fin persigue? Es para beneficio de sus iguales, entonces que ellos le recompensen porque eso no tiene nada que ver con Dios. Una obra no es buena, a menos que se haga para la gloria de Dios. Y nadie puede hacerla para esto hasta que Dios le haya enseñado lo que es su Gloria y uno se haya sometido a la voluntad divina de Dios, de modo que lo único a que uno aspira es al Altísimo y las obras que promuevan su gloria y honra en el mundo.

Incluso, amados, cuando nuestras obras son realizadas con las mejores motivaciones, nada es una buena obra, a menos que sea realizada con *fe* porque “sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de

los que le buscan” (He. 11:6). Al igual que Caín, podemos levantar un altar y colocar sobre él los primeros frutos, pareciendo ser un sacrificio aceptable en sí; pero si carece de la sal de la fe, allí quedará. No será aceptado por Dios porque sin fe es imposible agradarle. Traigan un hombre, quien toda su vida ha invertido su salud y sus fuerzas en sus prójimos. Muéstrenme un servidor público que ha cumplido su deber a cabalidad; que ha trabajado día y noche, aun a expensas de su salud, porque creía que su patria esperaba que cada uno cumpliera su deber y él quiso hacerlo. Traigan a aquel otro hombre, déjenme ver sus obras de caridad, su gran benevolencia, su profusa generosidad. Cuéntennos que siempre ha trabajado para su país con perseverancia y luego, si no puede contestar esta pregunta: “¿Cree usted en el Hijo de Dios?”, tendremos que decirle con toda sinceridad que no ha hecho ni una buena obra en toda su vida, en lo que a Dios se refiere.

Por otra parte, cuando tenemos fe en Dios y realizamos nuestras obras con las mejores motivaciones, aun así, no contamos ni siquiera con una sola buena obra, hasta que sea rociada con la sangre de Cristo. Cuando observamos todo lo que hemos hecho en nuestra vida, ¿podemos encontrar siquiera una cosa que nos atrevamos a llamar *buena* sin que la sangre de Cristo la haya cubierto? Admitamos que tiene algo de bueno —porque el Espíritu la puso en nuestra alma— pero también tiene mucho de malo. Aun nuestras mejores acciones están tan estropeadas, manchadas y arruinadas por los pecados e imperfecciones en ellas, que no nos atrevemos a llamarlas buenas hasta que Jesucristo las haya rociado con su sangre y les haya quitado las manchas. Oh, cuántas veces he cavilado: “¡He trabajado para predicar la Palabra de Dios! ¡No he dejado de hacerlo siempre delante de amigos o enemigos, y espero no haber dejado de declarar todo el consejo de Dios!”. Y aún así, amados, cuántos de esos sermones no han sido buenas obras en absoluto porque no tenía puestos mis ojos en honrar al Señor en ese momento, o porque no había fe implícita en ello. He predicado con desaliento, con el ánimo por los suelos o quizá con un propósito natural de *ganar almas*. Porque a menudo hemos temido, aun cuando nos regocijábamos de ver almas convertidas, que quizá lo hicimos con una motivación mala, como honrarnos a nosotros mismos para que el mundo dijera: “¡Miren cuántas almas lleva al Señor!”. Aun cuando la Iglesia se reúne para hacer obras santas, ¿no han notado que se mete sigilosamente algo egoísta, como el deseo de exaltar a nuestra propia iglesia, glorificar a nuestros propios hermanos y darnos importancia?

Estoy seguro, amados, que si se detienen y rompen en pedazos sus buenas obras, encontrarán tantos puntos malos en ella que se tienen que deshacer del todo y empezar de nuevo. Hay tantas manchas morales en ellas, que necesitan ser lavadas en la sangre de Cristo para que vuelvan a servir para algo.

Y ahora, amados, ¿creen que acaso cuentan con alguna buena obra? “¡Oh!”, responden ustedes: “Me temo que no tengo muchas buenas obras o, mejor dicho, sé que no tengo ninguna. Pero gracias a su amor, el Dios que aceptó mi persona en Cristo, también acepta mis obras en Cristo. Y a Aquel que me bendijo en él para ser una vasija escogida, le ha agradado aceptar lo que él mismo puso en la vasija ‘para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado’” (Ef. 1:6).

Y ahora, usted el moralista⁵, que está convencido de que es justo, si lo que he dicho es cierto, ¿dónde está su santidad? Usted está diciendo: “Soy un hombre caritativo”. ¡Admitamos que lo es! Le digo que vaya y apele a sus prójimos y que sean *ellos* quienes le paguen por su caridad. Dice usted: “Ay, pero soy un hombre consecuente y de buena moral, soy un gran orgullo para el país. Si todo actuaran como yo ¡cómo se beneficiaría este mundo y esta generación!”. Por supuesto, ha servido a su generación. Entonces, mándele la factura a su generación. Le digo que ha trabajado en vano. Le advierto que ha echado semillas al viento y es muy posible que siegue torbellinos. *Dios no le debe nada*. No ha vivido usted para su honra. Tiene que confesar sinceramente que no ha realizado ni una acción con el deseo de agradarle. Ha trabajado para agradarse a *usted mismo*, esa ha sido la motivación más elevada que ha tenido... Y en cuanto a sus buenas obras, ¿dónde están? ¡Ah! Son producto de su imaginación y pura ficción, motivo de risa y una fantasía. ¿Buenas obras en los pecadores? No existen. Agustín bien dijo: “Las buenas obras, como las llaman, en los pecadores no son más que pecados espléndidos”. Esto se aplica a las mejores obras del mejor de los hombres que no es de Cristo. No son más que pecados espléndidos, pecados barnizados. ¡Dios les perdone, queridos amigos, por sus buenas obras! *Si no están en Cristo, tienen una necesidad muy grande de ser perdonados por sus buenas obras como por las malas* porque considero que las dos son igualmente malas, si son pasadas por un cedazo.

⁵ **Moralista** – El que vive o enseña un sistema de ética natural; simplemente alguien de buena moral.

De un sermón predicado en la mañana del domingo, 16 de marzo
de 1856, en New Park Street Chapel, Southwark.
Reimpreso por Pilgrim Publications.



Charles H. Spurgeon (1834-1892): Pastor bautista inglés influyente, el predicador más leído de la historia, aparte de los que se encuentran en las Escrituras. Nacido en Kelvedon, Essex, Inglaterra.

OBRAS, GRACIA Y SALVACIÓN

David Martyn Lloyd-Jones (1899-1981)

“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas” (Efesios 2:8-10).

Somos cristianos total y exclusivamente como resultado de la gracia de Dios. Recordemos que *gracia* significa “favor inmerecido”. Es una acción que surge enteramente del carácter divino lleno de gracia. Entonces, la proposición fundamental es que la salvación es algo que nos viene enteramente de parte de Dios. Lo que es aún más importante es que, no sólo viene de parte de Dios, sino que viene a pesar de nosotros mismos, es un favor “inmerecido”. Es decir, no es la respuesta de Dios a algo en nosotros. Hay muchos que parecen creer que lo es, que la salvación es la respuesta de Dios a algo en nosotros. Pero la palabra *gracia* niega eso. Es a pesar de nosotros. El Apóstol, como hemos visto, se ha preocupado mucho por afirmar esto... Préstele atención: “Aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo” y luego, en lugar de seguir con su tema, dice en paréntesis “(por gracia sois salvos)” (Ef. 2:5). Aquí lo dice un poco más explícitamente. *La salvación no es en ningún sentido la respuesta de Dios a algo en nosotros.* No es algo que en ningún sentido merezcamos o nos ganemos. La esencia total de la enseñanza aquí y en todo el Nuevo Testamento es que no tenemos ningún derecho a la salvación; que no merecemos nada más que castigo y el infierno y ser quitados de la pre-

sencia de Dios por toda la eternidad y que, sin embargo Dios, por su propio amor, gracia y maravillosa misericordia, nos ha otorgado esta salvación. Ese pues, es el significado más exacto del término *gracia*.

Continuemos con este tema que enfocaron los siete versículos anteriores. ¿Cuál es la finalidad de esos versículos? ¿No es simplemente para mostrarnos el mismo tema negativa y positivamente? ¿Cuál es la finalidad de esa horrible descripción del hombre natural como resultado del pecado en los primeros tres versículos de Efesios 2, sino para mostrar que el hombre, por estar en pecado, sólo merece castigo? Es hijo de ira por naturaleza y, no sólo por naturaleza, sino también por su comportamiento, su conducta, por toda su actitud hacia Dios, viviendo según las normas de este mundo, siendo gobernado por el príncipe de la potestad del aire. Esa es la clase de criatura que es: Muerta en sus delitos y pecados, una criatura de pasiones, deseos de la carne, “haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos” (Ef. 2:3). No hay descripción posible más atroz. Es imposible imaginar un estado peor. Una criatura así, ¿puede merecer *algo*? ¿Tiene tal criatura derecho alguno a estar en la presencia de Dios? ¿Puede presentarse con un pedido o una exigencia? *La finalidad del Apóstol es declarar que una criatura tal no merece nada de parte de Dios, sino justo castigo.* Y luego se prepara para presentar su gran contraste: “pero Dios”... Y todo el propósito de eso es indudablemente exaltar la gracia y la misericordia de Dios, y mostrar que, aunque el hombre no merece nada de nada, Dios no sólo le da, le da generosamente y hasta lo *colma* de las “abundantes riquezas de su gracia” (Ef. 2:7).

Ese, por lo tanto, es el primer principio: Somos cristianos, total y exclusivamente, como resultado de la gracia de Dios. Me he referido a ese quinto versículo porque es de suma importancia en esta discusión. Notemos la manera cómo el Apóstol lo insertó aquí, lo deslizó, lo insinuó. ¿Por qué lo hizo? Notemos el contexto. Dice que cuando “aun estando nosotros muertos en pecados”, Dios nos dio vida. Allí de inmediato agrega: “...por gracia sois salvos”. Si no lo comprendemos a estas alturas, no lo comprenderemos nunca. Lo que ha estado diciendo es esto: Estábamos muertos, lo que significa totalmente sin vida, y, por lo tanto, sin ningún tipo de habilidad y, necesariamente, lo primero era que nos vivificara, que nos diera vida. Y dice que eso es exactamente lo que Dios ha hecho por nosotros. Por lo tanto dice: “¿No lo entienden? Es por gracia que sois salvos”. Lo incluye aquí obviamente por esa razón. Es la única conclusión a la que podemos llegar. Las

criaturas que se encontraban espiritualmente muertas, ahora están vivas, ¿cómo sucedió? ¿Puede un muerto resucitarse a sí mismo? Imposible. Hay sólo una respuesta: “Por gracia sois salvos”. Llegamos, por lo tanto, a esta conclusión inevitable: Somos cristianos en este instante, *total y exclusivamente por la gracia de Dios*.

El Apóstol nunca se cansaba de decirlo. ¿Qué más *podía* decir? Cuando recordaba aquel Saulo de Tarso blasfemo, que aborrecía a Cristo, a la Iglesia Cristiana, que respiraba amenazas y muerte y se empeñaba por exterminar al cristianismo; y luego observaba cómo era ahora, ¿qué más podía decir que: “Soy lo que soy por la gracia de Dios?”⁶. Y tengo que confesar que no puedo comprender cómo ningún cristiano puede observarse a sí mismo y decir algo diferente. Cuando se arrodilla usted ante Dios y no percibe que sólo es “un deudor de su misericordia”⁷, confieso que no lo entiendo. Tiene algo trágicamente defectuoso, ya sea en su sentido de pecado o en su comprensión de la grandeza del amor de Dios. Éste es un tema constante del Nuevo Testamento, es la razón por la cual los santos, a través de los siglos, siempre han alabado al Señor Jesucristo. Ven que cuando no tenían ninguna esperanza, cuando estaban realmente muertos y eran viles y repugnantes, “aborrecibles, y aborreciéndonos unos a otros” (Tit. 3:3), como lo expresa Pablo cuando le escribe a Tito, Dios posó su vista sobre ellos. Mientras éramos “aún pecadores”, “siendo enemigos” (Ro. 5:8, 10) —estando enemistados, sabiéndonos extraños, viviendo totalmente opuestos a él— fuimos reconciliados con Dios por medio de su Hijo. No podemos dejar de ver que es por gracia y sólo por gracia que somos cristianos. Es algo enteramente inmerecido, es sólo como resultado de la bondad de Dios.

La segunda proposición, como lo he indicado, es presentada por el Apóstol en una forma negativa. Dice que el hecho de que seamos cristianos, no nos da ningún derecho a jactarnos. Esa es la forma negativa de la primera proposición. La primera es que somos cristianos, total y exclusivamente como resultado la gracia de Dios. Por lo tanto, en segundo lugar, tenemos que decir que el hecho de ser cristianos no nos da ningún derecho a jactarnos. El Apóstol lo dice en dos declaraciones. La primera es: “esto no de vosotros”. Pero no se conforma con eso, tiene que ser aún más explícito con estas palabras: “para que nadie se

⁶ Cf. 1 Co. 15:10a; Hch. 7:58; 8:1-3; 9:1-22; 22:1-21; 26:1-29; Fil. 3:1-15.

⁷ Del himno por Augusto Toplady (1740-1778), A Debtor to Mercy Alone (Deudor sólo de su misericordia), en Gospel Magazine (Revista Evangélica), 1771.

gloríe”. Tenemos aquí dos declaraciones de vital importancia. Es indudable que nada puede ser más fuerte que esto: “no de vosotros, para que nadie se gloríe”. Este tiene que ser siempre la prueba crucial de nuestro concepto de la salvación y de lo que nos hace cristianos.

Examínese por un momento. ¿Cuál es su idea de usted mismo como cristiano? ¿Cómo llegó a ser cristiano? Serlo, ¿de qué depende? ¿Cuál es el antecedente, cuál es la razón? Esa es la pregunta crucial, según el Apóstol la prueba vital. Su idea de cómo llegó usted a ser cristiano, ¿le dio algún derecho de jactarse de sí mismo? ¿Refleja de alguna manera sus propios méritos? De ser así, de acuerdo con esta declaración —y no vacilo en decirlo— *usted no es cristiano*. “No de vosotros, para que nadie se gloríe”. En el tercer capítulo de la epístola a los Romanos, el Apóstol lo dice con más claridad todavía. Hace su pregunta. Aquí, dice, está el camino de salvación y enseguida pregunta en el versículo 27: “¿Dónde, pues, está la jactancia?”. Y contesta diciendo: “Queda excluida”, fue echada por la puerta y se puso bajo llave. Aquí no hay ningún lugar para esto.

No es de sorprender que al apóstol Pablo le gustara tanto expresar esto en esa manera particular porque antes de su conversión, antes de ser cristiano, sabía mucho de jactancias. Nunca hubo alguien más satisfecho de sí mismo, ni más seguro de sí mismo que Saulo de Tarso. Estaba orgulloso de sí mismo en todo sentido: Orgulloso de su nacionalidad, orgulloso de la tribu israelita en que había nacido, orgulloso del hecho que había sido educado como fariseo⁸ y a los pies de Gamaliel⁹, orgulloso de su religión, orgulloso de su moralidad, orgulloso de sus conocimientos. Nos revela todo esto en el tercer capítulo de la epístola a los Filipenses. Se jactaba. Se ponía de pie y afirmaba, por así decir: “¿Quién puede negar esto? Aquí estoy, un hombre bueno, moral y religioso. Vean cómo cumplo mis deberes religiosos, vean cómo vivo mi vida, véanme en todo sentido; me he entregado a esta vida pía, santa y estoy satisfaciendo a Dios”. Esa era su actitud. Se jactaba. Se creía ser un hombre así y que había vivido de una manera de la que podía sentirse orgulloso. Jactancioso es una de las palabras que mejor lo describían. Pero cuando fue salvo, comprendió que una de las mayores

⁸ **Fariseo** – Miembro de una antigua secta judía conocida por su obediencia estricta a las tradiciones judías.

⁹ **Gamaliel** – Famoso erudito judío del siglo I, se cree que era el nieto del famoso rabino Hillel; fariseo, doctor de la ley y miembro del Sanedrín, corte suprema de los judíos en Jerusalén; mencionado en Hechos 5:33-40.

diferencias de ser cristiano le significó que todo eso fue echado fuera y era irrelevante. Por eso es que usaba un lenguaje bastante fuerte. Cuando recordaba todo de lo que tanto se jactaba, decía que estimaba todo como: “pérdida y basura”. No se conformaba con decir que era malo; era vil, sucio, repugnante. ¿Jactancia? ¡Excluida! Pero el Apóstol conoce tan bien el peligro que esto representa, que no se conforma con una declaración general, sino que indica dos sentidos en particular en que somos más susceptibles de jactarnos.

El primero es esta cuestión de las obras: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe”. Siempre es en relación con las obras que somos más susceptibles de jactarnos. Es aquí donde el diablo nos tienta a todos de una manera muy sutil. ¡Obras! Esa era la razón por la cual los fariseos eran los peores enemigos de Jesucristo: no porque simplemente hablaban, sino porque realmente *hacían*. Cuando aquel fariseo dijo: “ayuno dos veces a la semana”, estaba diciendo la verdad. Cuando dijo: “doy diezmos de todo lo que gano” era exactamente lo que hacía (Lc. 18:12). No era que los fariseos simplemente dijeran que hacían cosas, en realidad las hacían. Y por esto, resintieron tanto la predicación del Hijo de Dios y fueron los más responsables de su crucifixión. ¿Es demasiado decir que siempre es más difícil convertir a una persona buena que a una mala? Creo que la historia de la Iglesia da prueba de ello. Los peores opositores de la religión evangélica han sido siempre gente buena y religiosa. Algunos de los perseguidores más crueles en la historia de la Iglesia han sido de esta clase. Los santos siempre han sufrido al extremo a manos de gente buena, moral y religiosa. ¿Por qué? Por las obras. El verdadero evangelio siempre denuncia la dependencia de las obras y el orgullo por las obras y el jactarse de las obras, y la gente así no puede soportarlo. Toda su posición se basa en eso: En lo que son y lo que han hecho y lo que siempre han estado haciendo. Ésta es toda su posición y si se les quita eso, no tienen nada. Por lo tanto, aborrecen tal predicación y se defenderán hasta el último suspiro. El evangelio nos convierte en mendigos a todos. Nos condena a cada uno. Nos desnuda. Pablo argumenta en todas partes que no hay diferencia ante Dios, entre el gentil que está fuera del redil y el judío religioso. “No hay justo, ni aun uno” (Ro. 3:10). Las obras deben continuar, pero no ser motivo de jactancia. Sin embargo, tenemos la tendencia de jactarnos de ellas. Nos jactamos de nuestra vida recta, de nuestras buenas obras, de nuestras prácticas religiosas,

de nuestra asistencia a los cultos (y particularmente si asistimos temprano en la mañana) y de muchas cosas más. Estas son las cosas; o sea, las actividades religiosas, *que nos hacen cristianos*. Ese es el argumento.

Pero el Apóstol expone y denuncia todo esto y lo hace, sencillamente, diciendo que hablar de las obras es volver a estar bajo la Ley. Dice que si usted piensa que su vida recta es lo que lo hace cristiano, está volviendo a estar bajo la Ley. Agrega que hacerlo es inútil, por esta razón: Si vuelve a ponerse bajo la Ley, se condena a sí mismo porque “por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado” (Ro. 3:20). Si trata usted de justificarse por su vida y por sus obras, va rumbo a la condenación porque las mejores obras del hombre no son suficientes a los ojos de Dios. La Ley ha condenado a todos: “Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Ro. 3:23). “No hay justo, ni aun uno” (Ro. 3:10). Por tanto, dice Pablo, no sean necios, no le den la espalda a la gracia porque al hacerlo, van camino a la condenación. Las obras de ningún hombre serán jamás suficientes para justificarlo a los ojos de Dios. ¡Qué necio pues, es volver a estar bajo las obras!

Pero no sólo eso, sigue explicando en el versículo diez, hacerlo es poner las cosas al revés. La gente como la mencionada, cree que por sus buenas obras se convierte en cristiana, mientras que Pablo dice que *es exactamente lo contrario*: “Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas”. La tragedia es que las gentes piensan que hacer ciertas cosas y evitar otras, y que ayudar a los demás, es la manera de llegar a ser cristianos. “¡Qué ceguera!”, dice Pablo. La manera de considerar las buenas obras es ésta: *Dios nos convierte en cristianos a fin de que podamos hacer buenas obras*. No es cuestión de que las buenas obras conduzcan al cristianismo, sino que el cristianismo conduce a las buenas obras. Es exactamente lo contrario de lo que la gente tiende a creer. Por lo tanto, no hay nada que sea tan completamente contradictorio a la verdadera posición cristiana que esta tendencia de jactarse de las obras y de pensar que por lo que somos y hacemos nos convertimos en cristianos. ¡No! *Dios hace que la persona llegue a ser cristiana por gracia, por medio de la fe, y luego, siendo cristiana ésta hace sus buenas obras*. La jactancia queda excluida en lo que llegar a ser cristiano se refiere. No debemos jactarnos de nuestras obras. Si de alguna manera somos conscientes de nuestra bondad o si estamos de-

pendiendo de algo que hemos hecho, estamos *negando la gracia de Dios*. Es lo opuesto al cristianismo.

Pero, por desgracia, no son sólo las obras y acciones las que tienden a insinuarse. Hay algo más: ¡La fe! La fe tiende a entrar y hace que nos jactemos. Hay mucha controversia sobre el versículo 8 de Efesios 2: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios”. La gran pregunta es a qué se refiere el “esto”. Y hay dos corrientes de opiniones. “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto [o sea la fe] no de vosotros, pues es don de Dios”, dice una corriente. Pero según la otra corriente, el “esto” no se refiere a la “fe”, sino a la “gracia” mencionada al principio de la frase: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto [esta posición de gracia] no de vosotros, pues es don de Dios”. ¿Es posible resolver la disputa? No lo es¹⁰. No es una cuestión de gramática, no es una cuestión de palabras... es una cuestión que no puede ser resuelta. Y hay un sentido en el que realmente no importa para nada porque, al final de cuentas, resulta lo mismo. O sea que es importante que evitemos convertir a la fe en “obras”.

Pero hay muchos que lo hacen. Convierten su *fe* en un tipo de obras. Existe en nuestros días una enseñanza popular sobre evangelización que afirma que la diferencia en el Nuevo Testamento es la siguiente: En el Antiguo Testamento, Dios se dirigió a su pueblo y dijo: “Ésta es mi Ley, estos son los Diez Mandamientos, cúmplalos y les perdonaré, y serán salvos”. Pero siguen diciendo, ahora no es así. Dios ha descartado todo eso, ya no hay ninguna Ley. Dios simplemente dice: “Cree en el Señor Jesucristo” y si lo haces, serás salvo. En otras palabras, dicen que por creer en el Señor Jesucristo *el hombre se salva a sí mismo*. Esto es convertir a la fe en obras porque indica que nuestra acción es lo que nos salva. En cambio, el Apóstol dice “esto”. Si “esto” se refiere a la fe o a la gracia no importa; “usted es salvo”, dice Pablo, “por gracia... y esto no de vosotros”. Si es mi creencia lo que me salva, *me he salvado a mí mismo*. Pero Pablo dice “no de vosotros”, no se trata de mí mismo, por lo que nunca debo hablar de mi fe de manera que sea “de mí”. Y no sólo eso. Si llegara a ser cristiano de esa manera, entonces me da algo de razón para jactarme; pero Pablo dice: “no por obras,

¹⁰ Algunas autoridades en la lengua griega creen que *esto* se refiere a toda la frase “porque por gracia sois salvos por medio de la fe”, lo cual *incluye* la fe.

para que nadie se gloríe”. El jactarme tiene que ser totalmente excluido.

Por lo tanto, cuando pensamos en la fe, hemos de tener cuidado de considerarla con base en eso. La fe no es la *causa* de la salvación. *Cristo es la causa de la salvación*. La gracia de Dios en el Señor Jesucristo es la causa de salvación y nunca debemos hablar de modo que presentamos a la fe como la causa de nuestra salvación. Entonces, ¿qué es la fe? La fe no es más que el instrumento por medio del cual nos llega. “Porque por gracia sois salvos, por medio de la fe”. La fe es el canal, es el instrumento por medio del cual nos llega esta salvación que es por la gracia de Dios. Somos salvos por gracia “por medio de la fe”. Ésta es simplemente el medio por el cual la gracia de Dios que salva, entra en nuestra vida. Por ende, tenemos que tener siempre mucho cuidado de nunca decir que el hecho de que creemos es lo que nos salva. Creer no salva. La fe no salva. *Cristo* salva, Cristo y su obra consumada. No nuestra creencia, no nuestra fe, no nuestro entendimiento, nada que podamos hacer nosotros; “no de vosotros”, “la jactancia queda excluida”, “por gracia, mediante la fe”.

Es indudable que toda la finalidad de los tres primeros versículos de este capítulo es mostrar que no hay otra posición posible. ¿Cómo puede el “muerto” en delitos y pecados salvarse a sí mismo? ¿Cómo puede el hombre “muerto”, cuyo corazón está “enemistado contra Dios” (porque eso es lo que la Biblia nos dice del hombre natural), hacer algo meritorio? Es *imposible*. Lo primero que nos sucede, nos ha dicho el Apóstol en los versículos 4 al 7, es que Dios “nos dio vida”. Puso una nueva vida dentro de nosotros. ¿Por qué? Porque sin vida nada podemos hacer. Lo primero que necesita el pecador es vida. No puede pedirla porque está muerto. Dios le da vida y demuestra que la tiene creyendo en el evangelio. Tener vida es el primer paso. Es lo primero que sucede. Yo no pido tener vida. Si lo pidiera, no necesitaría que me dieran vida porque ya la tengo. Pero estoy muerto y soy un enemigo, y estoy en contra de Dios; no entiendo y estoy lleno de odio. Pero Dios me *da* vida. Me ha dado vida juntamente *con* Cristo. Por lo tanto, jactarse queda totalmente excluido, tanto jactarse de las obras como jactarse de la fe. La jactancia *tiene* que quedar excluida. La salvación es exclusivamente de Dios.

Esto nos trae al último principio, que resumiré de esta manera: *El hecho de que seamos cristianos es enteramente el resultado de la obra de Dios.* El verdadero problema de muchos de nosotros es que nuestro concepto

de lo que nos hace cristianos es tan bajo, tan pobre. Somos incapaces de comprender la *grandeza* de lo que significa ser cristianos. ¡Pablo dice que “somos hechura suya”! Es *Dios* quien ha hecho algo, es Dios quien está obrando; somos hechura suya. No nuestras obras, sino *su* obra. Entonces, vuelvo a repetir que no es nuestra vida recta, ni son todos nuestros esfuerzos, ni nuestra esperanza de ser cristianos al final, lo que nos hace cristianos.

Pero permítanme decir algo más. No es tampoco nuestra decisión, nuestra “decisión de seguir a Cristo” lo que nos hace cristianos; esa es obra nuestra. La decisión tiene su lugar, pero no es nuestra decisión lo que nos *hace* cristianos. Pablo dice que somos hechura *suya*. Vemos, pues, icuán extremadamente grave es nuestro pensamiento superficial y cómo nuestras palabras superficiales representan mal al cristianismo! Recuerdo a un buen hombre —sí, un buen hombre cristiano— cuya manera de dar su testimonio era siempre: “Hace treinta años decidí seguir a Cristo y nunca me he arrepentido”. Éste era su modo de expresarlo. Éste no es el modo como Pablo describe cómo se llega a ser cristiano. “¡Somos hechura suya!”, *ese* es el énfasis. No algo que *yo* emprendí, no algo que *yo* decidí, sino algo que Dios me ha hecho. Aquel hombre lo hubiera expresado mejor si hubiera dicho: “Treinta años atrás, yo estaba muerto en delitos y pecados, pero Dios empezó a hacer algo conmigo, tenía conciencia de que Dios estaba haciendo algo en mí, sentía que Dios me quebrantaba, sentía las manos de Dios que me estaban renovando”. Así era como lo decía Pablo: No decía *yo* decidí, no *yo* acepté el cristianismo, no *yo* decidí seguir a Cristo, no señores. Eso es parte, pero viene después.

Somos hechura *suya*. El cristiano es alguien en el cual Dios ha obrado. Y podemos notar qué tipo de obra es, según Pablo. No es nada menos que una *creación*. “Creados en Cristo Jesús para buenas obras”. Al Apóstol le gustaba decir esto. Miren como lo expresa a los filipenses: “[Estoy] convencido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” (1:6). ¡Dios! ¡Él es el que ha comenzado la buena obra en *ustedes*! ¡Es la obra de Dios! Vino cuando estaban muertos y les vivificó, les dio vida. *Esto* es lo que los convierte en cristianos. No nuestras buenas obras, no nuestra decisión, sino la determinación de Dios en cuanto a nosotros llevada a la práctica.

Es aquí donde comprobamos cómo nuestras ideas de lo que es ser cristiano están irremediabilmente equivocadas cuando las considera-

mos a la luz de lo que enseña la Biblia. El cristiano es una *nueva creación*. No es simplemente un hombre bueno o un hombre que ha mejorado algo, es un hombre nuevo, “creado en Cristo Jesús”. Ha sido colocado en Cristo y la vida de Cristo mora en él. Somos “participantes de la naturaleza divina” (2 P. 1:4). “¡Participantes de la naturaleza divina!”. ¿Qué es un cristiano? ¿Es un hombre bueno, un hombre de buena moralidad, un hombre que cree ciertas cosas? ¡Sí, pero infinitamente más! ¡Es un hombre *nuevo*; la vida de Dios ha venido a su alma; ha sido “creado en Cristo, es “hechura de Dios”! ¿Se habían dado cuenta ustedes de que eso es lo que los hace cristianos? No es su asistencia a los cultos. No es cumplir ciertos deberes. Estas cosas son todas excelentes, pero *nunca* pueden convertirnos en cristianos. (¡Podrían convertirnos en fariseos!). Es Dios quien convierte al hombre y ésta es su manera de hacerlo. Creó todo de la nada al principio y se acerca al hombre y lo vuelve a crear dándole una nueva naturaleza, convirtiéndolo en un hombre nuevo. El cristiano es “una nueva creación”, nada menos que esto.

“Si están ustedes interesados en las obras”, dice Pablo, “les diré qué tipos de obras son las que le interesan a Dios”. No son las obras lamentables que podemos hacer por naturaleza como criaturas en pecado. Es un nuevo tipo de obra —“Creados en Cristo Jesús para buenas obras”— *¡las buenas obras de Dios!* ¿Qué significa esto? Significa que nuestro problema no es sólo que nuestro concepto del cristianismo es inadecuado, sino que nuestro concepto de las *buenas obras* es más inadecuado todavía. Anote en un papel las buenas obras que, según la gente, son suficientemente buenas para convertir a alguien en un cristiano. Pídales que anoten ellos todas las cosas en que confían. Anótenlas en papel y luego llévenselas a Dios y díganle: “Esto es lo que he hecho”. ¡Es una acción ridícula, es monstruosa! ¡Observen lo que están haciendo! No son las buenas obras lo que le interesa a Dios. ¿Cuáles son las buenas obras de Dios? El Sermón del Monte y la vida de Jesucristo tienen la respuesta: No sólo un poquito de bondad y moralidad, ni hacer ocasionalmente algo bondadoso y tenerlo muy en cuenta, ¡no! ¡Se trata de un amor desinteresado! “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil. 2:5-8),

que se da a otros sin contar el costo. Esas son las buenas obras de Dios. ¡Amarlo con todo nuestro corazón, alma, mente y fuerzas y a nuestro prójimo como a nosotros mismos! ¡No se trata de una buena acción de cuando en cuando, sino de amarlo como a nosotros mismos! ¡Olvidarnos de nosotros mismos mientras nos preocupamos por nuestro prójimo! Esas son las buenas obras de Dios. Y esas son las obras para las cuales nos ha creado.

Tomado de *Ephesians: God's Way of Reconciliation* (Efesios, el camino de Dios a la reconciliación) (2:1-22), pp. 129-139, publicado por The Banner of Truth Trust, www.banneroftruth.org.
Usado con permiso.

David Martyn Lloyd-Jones (1899-1981): Probablemente el predicador expositivo más grande del siglo XX. Sucesor de G. Campbell Morgan como pastor de Westminster Chapel, Londres, Inglaterra, 1938-68. Nacido en Newcastle Emlyn, Gales.



LAS ESCRITURAS Y LAS BUENAS OBRAS

Arthur W. Pink (1886-1952)

*“Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar,
para redargüir, para corregir, para instruir en justicia,
a fin de que el hombre de Dios sea perfecto,
enteramente preparado para toda
buena obra” (2 Ti. 3:16, 17).*

Al hombre, dejado a su suerte, siempre le ha sido imposible discernir la verdad entre lo que parecen ser doctrinas conflictivas, como son la soberanía de Dios y la responsabilidad del hombre; la elección por gracia y la proclamación universal del evangelio; la justificación por la fe de Pablo y la demostración de la fe por las obras de Santiago. Con demasiada frecuencia, donde se ha insistido en la soberanía absoluta de Dios, se ha ignorado la responsabilidad del hombre y donde se ha mantenido con firmeza la elección incondicional, se ha descuidado la predicación sin límites del evangelio a los

incrédulos. Por otro lado, donde se ha enfatizado la responsabilidad humana y un ministerio evangélico, la soberanía de Dios y la verdad de la elección, por lo general se han ido reduciendo o se han ignorado por completo.

Muchos de nuestros lectores han visto ejemplos que ilustran la verdad presentada en el párrafo anterior, pero pocos se percatan de que existe exactamente la misma dificultad cuando se intenta mostrar la relación precisa entre fe y buenas obras. Si, por un lado, algunos han errado atribuyéndoles a las buenas obras un lugar que las Escrituras no justifican, por otro lado, algunos no le dan a las buenas obras la función que las Escrituras les asignan. Si, por un lado es un error grave adjudicar nuestra justificación delante de Dios a algo que nosotros hacemos, por otro lado, son igual de culpables los que niegan que las buenas obras son necesarias para poder llegar al cielo y afirman que son simplemente evidencias o frutos de nuestra justificación. Sabemos muy bien que estamos ahora, por así decir, en terreno difícil, y que corremos el peligro de ser acusados de herejía. No obstante, consideramos indispensable buscar la ayuda divina al encarar esta dificultad y luego dejarla en sus manos.

En algunos sectores, las demandas de la fe, aunque no totalmente negadas, han sido degradadas debido al celo por magnificar las buenas obras. En otros círculos, conocidos como ortodoxos (y son los que ahora tenemos principalmente en mente), rara vez se les adjudica a las buenas obras el lugar que les corresponde y, muy pocas veces, reciben los creyentes exhortaciones serias para que las realicen. Sin duda, a veces esto se debe al temor de valorar menos la fe y llevar al pecador al error de confiar más en sus propias acciones que en la justicia de Cristo. Pero estos temores no debieran impedir que el predicador declare “todo el consejo de Dios” (Hch. 20:27)... ni que olvide el mandato divino: “que insistas con firmeza, para que los que creen en Dios procuren ocuparse en buenas obras” (Tit. 3:8).

Este versículo recién citado es el más pertinente para estos días de libertinaje y liberalismo, de profesiones de fe que nada valen y de jactancia vacía. La expresión “buenas obras” aparece en el Nuevo Testamento en plural o en singular más de treinta veces, no obstante lo cual muchos predicadores reconocidos por lo correcto de su fe, rara vez los usan, enfatizan y se explayan en ellos, tanto que muchos que los escuchan podrían llegar a la conclusión de que esas palabras aparecen una o dos veces en la Biblia...Además, Efesios 2:8-10 afirma que Dios ha

juntado dos cosas benditas de vital importancia que nunca deben ser separadas en nuestro corazón ni en nuestra mente, a pesar de que muy a menudo se las separa en el púlpito moderno. ¿Cuántos sermones se predicán basados en estos primeros dos versículos que declaran con tanta claridad que la salvación es por fe y no por obras? Y por otro lado, casi nunca nos recuerdan que la frase que comienza con gracia y fe, se completa en el versículo 10, que nos dice: “Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas”.

Iniciamos esta serie¹¹ destacando que la palabra de Dios puede usarse por diversos motivos y leída con diferentes intenciones, pero que 2 Timoteo 3:16-17, da a conocer para qué es realmente “útil”, de hecho para adoctrinar o enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia y todo esto para que “el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”... consideremos ahora *cómo* es que nos prepara para “toda buena obra”. Hay aquí otro criterio vital por el cual el alma sincera, con la ayuda del Espíritu Santo, puede juzgar si su lectura y estudio de la Palabra, en realidad le está siendo provechosa.

La Palabra nos es provechosa cuando por ella aprendemos *el lugar correcto de las buenas obras* “Muchos, en su anhelo por apoyar la ortodoxia como un sistema, hablan de la salvación por gracia y fe de un modo que le restan importancia a la santidad y a la vida consagrada a Dios. Pero esto no se fundamenta en las Sagradas Escrituras. El mismo evangelio que declara que la salvación es dada libremente por la gracia de Dios por fe en la sangre de Cristo, también dice que la fe sin obras es muerta. Si por un lado asegura, de la manera más enfática, que el pecador es justificado por la justicia del Salvador que le es imputada cuando cree en él sin ninguna relación con las obras de la Ley, también nos asegura que sin santidad nadie verá a Dios, que los creyentes son limpios por la sangre de la expiación, que sus corazones son purificados por fe, que obra por amor y vence al mundo. La gracia que da salvación a todo hombre, enseña a todo el que lo recibe, que dejando toda impiedad y lascivias mundanas, deben vivir modesta, recta y devotamente en este mundo. Temer que la doctrina de la gracia puede sufrir por inculcar debidamente las buenas obras sobre un fun-

¹¹ A.W. Pink, *Profiting from the Word* (Provechos de las Escrituras), disponible como libro de tapa blanda en Chapel Library (en inglés).

damento bíblico denota un conocimiento inadecuado y muy defectuoso de la verdad divina. Y cualquier manipulación de las Escrituras con el fin de silenciar su testimonio a favor de los frutos de la justicia como algo absolutamente necesario en el cristiano, es una perversión y una falsificación de la Palabra de Dios”¹².

Pero, ¿qué fuerza (preguntan algunos) tiene este mandato de Dios de realizar buenas obras, cuando, a pesar de que no lo obedecemos, de igual manera somos justificados por la imputación de la justicia de Cristo, pudiendo ser salvos sin ellas? Una objeción sin sentido como ésta es por pura ignorancia del estado presente del creyente y su relación con Dios. Suponer que el corazón del regenerado no es tan eficazmente influenciado por la autoridad y los mandatos de Dios como para ser obedecidos como si fueron dados a fin de ser justificados, es ignorar lo que es la fe auténtica y los argumentos y motivaciones que afectan y constriñen principalmente la mente del cristiano. Además, es no tener en cuenta la conexión inseparable que Dios ha hecho entre nuestra justificación y nuestra santificación¹³. Suponer que uno de los dos existe sin el otro es *descartar todo el evangelio*. El Apóstol trata justamente con esta objeción en Romanos 6:1-3.

La Palabra nos es provechosa cuando por ella aprendemos *la necesidad absoluta de las buenas obras*. Está escrito que “sin derramamiento de sangre no se hace remisión” (He. 9:22) y que “sin fe es imposible agradar a Dios” (He. 11:6). Las Escrituras de la Verdad, también declaran: “Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor” (He. 12:14). La vida que viven los santos en el cielo no es más que la consumación plena de la vida que, después de la regeneración, viven aquí en la tierra. La diferencia entre ambas no es de tipos, sino de *grados*. “Mas la senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto” (Pr. 4:18). Si no hay un andar con Dios *aquí en la tierra*, no habrá una morada con Dios *allá en el cielo*. Si no hay una verdadera comunión con él en el tiempo, no la habrá con él en la eternidad. La muerte no obra ningún cambio vital en el corazón. Es cierto que los pecados dejados atrás cuando muere el santo, son dejados para siempre, pero en ese momento no se le imparte

¹² Alexander Carson (1766-1844) – Pastor bautista irlandés; autor de *Baptism, Its Mode and Subjects* (El bautismo, su modalidad y sujetos) y muchos otros títulos.

¹³ **Santificación** – “Santificación es la obra de la libre gracia de Dios por la que somos renovados en la totalidad de nuestro ser, según la imagen de Dios, y somos capacitados más y más para morir al pecado y vivir para la justicia” —Catecismo Menor de Westminster, P. 35.

ninguna nueva naturaleza. Si antes de morir no aborrecía el pecado y amaba la santidad, tampoco lo hará después.

En realidad, nadie quiere irse al infierno, aunque son pocos los que están dispuestos a dejar el camino ancho que inevitablemente allí los lleva. A todos les gustaría ir al cielo, ¿pero están realmente dispuestos y decididos los cristianos profesantes a andar por el camino angosto, el único que los puede llevar allí? *Es a estas alturas que podemos discernir el lugar preciso que las buenas obras ocupan en relación con la salvación.* No la merecen, pero son inseparables de ella. No obtienen un título en el cielo, pero están entre los medios que Dios ha dispuesto para que su pueblo llegue al cielo. Las buenas obras no son en ningún sentido lo que causa la obtención de la vida eterna, pero son parte del medio (como lo son la obra del Espíritu en nosotros y el arrepentimiento, la fe y la obediencia nuestras) que conduce a ella. Dios ha dispuesto el camino por el que tenemos que andar para llegar a la herencia que Jesús compró para nosotros. Una vida de obediencia diaria a Dios es lo único que nos da la felicidad que Cristo compró para su pueblo. Somos admitidos ahora por fe, entraremos en ella al morir y la disfrutaremos a plenitud cuando él vuelva.

La Palabra nos es provechosa cuando por ella aprendemos *la verdadera naturaleza de las buenas obras*... La verdadera naturaleza de las “buenas obras” fue demostrada perfectamente por el Señor Jesús. Todo lo que hizo fue en obediencia a su Padre. Él no “se agradó a sí mismo” (Ro. 15:3), sino que obedeció las órdenes de Aquel que lo envió (Jn. 6:38). Pudo decir: “yo hago siempre lo que le agrada” (Jn. 8:29). No había límites cuando Cristo se sometía a la voluntad del Padre. Él siempre fue “obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil. 2:8). Asimismo, todo lo que hizo procedía de su amor al Padre y a su prójimo. El amor es el cumplimiento de la Ley; sin amor, el cumplimiento de ley no es sino una sujeción servil que no puede ser aceptable a Aquel que es Amor. La prueba de que la obediencia de Cristo fluía del amor se encuentra en sus palabras: “El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado” (Sal. 40:8). Igualmente, todo lo que hacía Cristo buscaba la gloria del Padre: “Padre, glorifica tu nombre” (Jn. 12:28). En todas sus acciones revelaba siempre su motivación.

La Palabra nos es provechosa cuando nos enseña *el verdadero alcance de las buenas obras*. Esto es tan amplio que incluye el cumplimiento de nuestras obligaciones en cada relación en la que Dios nos ha colocado. Es interesante e instructivo notar que la primera “buena obra” (que

describen) las Escrituras es la unción del Salvador por parte de María de Betania (Mt. 26:10; Mr. 14:6). Indiferente por igual a la gloria o la crítica de los hombres, con sus ojos puestos solamente en el “señalado entre diez mil”, le prodigó su precioso ungüento. Otra mujer, Dorcas (Hch. 9:36), se menciona como alguien que “abundaba en buenas obras”; después de adorar al Señor sale del recinto de adoración y se consagra al servicio que glorifica a Dios entre los hombres y beneficia a sus prójimos.

“Para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra” (Col. 1:10). La crianza de los hijos (sin provocarlos a ira), practicar la hospitalidad (espiritual); lavar los pies de los santos (satisfacer necesidades temporales) y socorrer a los afligidos (1 Ti. 5:10) son acciones llamadas “buenas obras”. A menos que nuestra lectura y estudio de las Escrituras nos convierta en mejores soldados de Jesucristo, mejores ciudadanos de nuestro país, mejores miembros de nuestra familia terrenal (más buenos, gentiles y generosos) “enteramente preparados para toda buena obra”, poco o nada nos aprovecha.

Tomado de “The Scriptures and Good Works” (Las Escrituras y las buenas obras) en *Profiting from the Word* (Provechos de las Escrituras) reimpresso por Chapel Library. Este capítulo está a su disposición en forma de un pequeño folleto.

A.W. Pink (1886-1952): Pastor, profesor itinerante de la Biblia, autor de *Studies in the Scriptures* (Estudios en las Escrituras) y numerosos libros, incluyendo el reconocido *The Sovereignty of God* (La soberanía de Dios). Oriundo de Inglaterra, emigró a los Estados Unidos y regresó a su patria en 1934. Nacido en Nottingham, Inglaterra.



LAS BUENAS OBRAS Y LOS JUSTIFICADOS

Horatius Bonar (1808-1889)

*“Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia,
sino como deuda” (Romanos 4:4).*

Con estas palabras, ¿pretende [Pablo] restarle importancia a las buenas obras? ¿Está animando a sus lectores a caminar impíamente? ¿Está diciendo palabras duras, que mejor sería no decir-las? No, la verdad es que *está colocando el fundamento de las buenas obras*. Está quitando el gran obstáculo a una vida santa que es la esclavitud del hombre a un estado no perdonado. Está diciendo, con el poder del Espíritu Santo, verdades muy importantes. La diferencia entre obrar y creer es lo que Dios quiere que aprendamos, no sea que confundamos a las dos y haciéndolo, destruyamos a ambas. Aquí declara explícitamente el orden y la relación entre las dos en anticipación al error de muchos que entremezclan el obrar con el creer, que hacen del creer, el resultado del obrar, en lugar del obrar el resultado de creer. Diferenciamos con cuidado la fe y las obras, pero con el mismo cuidado conectamos a las dos. No separamos lo que Dios ha unido; tampoco invertimos el orden divino, ni adulteramos la relación divina, mucho menos ponemos en último lugar lo que Dios le ha dado el primero.

No fue para despreciar o desanimar el hacer buenas obras que el Apóstol habló de no obrar sino creer, ni de que “el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley”, ni que Dios “atribuye justicia sin obras” (Ro. 3:28; 4:6). Fue para distinguir entre dos cosas que son diferentes. Fue para mostrar la verdadera función de la fe de conectarnos para justificación con lo que otro ha realizado. Fue para impedir que pretendamos hacer algo con el fin de ser justificados. Viéndolo así, entonces, la fe es, en realidad, dejar de obrar y no una obra en sí misma. No se trata de hacer algo para ser justificados, sino la sencilla aceptación de la obra justificadora de Aquel que terminó con la transgresión y puso fin al pecado (Dn. 9:24). Porque *la única obra justificadora* se completó mil ochocientos años atrás y cualquier intento de nuestra parte de repetirla o imitarla es en vano. Aquella cruz es suficiente.

Tampoco fue para subestimar las buenas obras que realizó nuestro Señor, la respuesta que muchos pueden considerar muy singular a la pregunta de los judíos: “¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios? ...Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado” (Jn. 6:28-29). Ellos querían abrirse camino para obtener el favor de Dios con sus propias acciones. El Señor les dice que aceptando sin dilación el testimonio de su Hijo unigénito pueden obtener ese favor sin tener que esperar ni depender de sus propias acciones. Hasta entonces, no estaban en condición de obrar. Eran como árboles sin

raíces, como estrellas cuyos movimientos, no importa lo regular que fueran, no serían de ningún uso si ellas mismas no tuvieran luz.

Decirle a un espíritu atribulado que anda a ciegas: “Tienes primero que creer antes de poder hacer obras”, no significa alentarle a seguir viviendo un estilo de vida impío, sino darle el requisito indispensable, tal como uno le diría a un soldado en la cárcel: “Tienes que salir de tu encierro antes de poder pelear” o a un nadador: “Tienes que tirarte al agua antes de intentar nadar” o a un corredor: “Tienes que quitarte esos grillos antes de poder correr la carrera”. Tienen que hacer lo primero antes de poder hacer lo segundo. No obstante, estas expresiones del Apóstol, a menudo se ignoran o son consideradas peligrosas. Citadas como una advertencia o con la menor frecuencia posible, por sentir secretamente que, a menos que se las diluya mucho o se las califique, mejor es no citarlas. Pero, ¿por qué están allí estas declaraciones tan firmes si son tan peligrosas, si la intención no fuera que se proclamen con tanta intrepidez ahora como fueron intrépidamente escritas hace dieciocho siglos? ¿Qué quiso significar el Espíritu Santo al proclamar declaraciones tan “transparentes”, como algunos tienden a juzgarlas? Por algo fueron escritas con tanto aplomo. Las palabras tímidas no hubieran logrado su propósito. El evangelio glorioso necesitaba declaraciones como éstas para resolver la maraña de la cuestión importante que es la aceptación, para dar paz a conciencias atribuladas y purgarlas de obras muertas y, a la vez, dar a las obras el lugar que les corresponde.

En la justicia de otro confiamos y en la justicia de otro somos justificados. Respondemos a todas las acusaciones en nuestra contra, basadas en nuestra vida pecaminosa, señalando la perfección de la justicia que nos cubre de pies a cabeza...

Protegidos por esta perfección, no tememos a la ira, ni ahora ni en el más allá. Es una seguridad para nosotros y clamamos: “Mira, oh Dios, escudo nuestro, y pon los ojos en el rostro de tu ungido” (Sal. 84:9), como queriendo decir: “No me mires a mí, sino a mi Sustituto. No trates conmigo por mis pecados, sino con el que pagó por ellos. No me amonestes por mi culpabilidad, sino repréndelo a él; él responderá por mí”. Es así que nos encontramos seguros, protegidos por el escudo de justicia. Ninguna flecha, ni del enemigo ni de nuestra conciencia nos puede alcanzar allí.

Cubiertos por su perfección, tenemos paz. El enemigo no puede tocarnos o si trata de hacerlo, podemos resistirlo triunfalmente. Es un refu-

gio en la tormenta, una protección contra la tempestad, un río de agua en la sequedad, la sombra de una gran roca en un páramo soleado. La obra de la justicia es la paz y en el Señor tenemos justicia y fortaleza.

Embellcidos con esta perfección, que es la perfección de Dios, encontramos favor ante él. Su vista se posa sobre la belleza que ha puesto en nosotros, de manera que al mirarnos vestidos ahora de su excelencia divina, la declara “muy buena”. No ve ninguna iniquidad en Jacob ni ninguna transgresión en Israel (Nm. 23:21). “La maldad de Israel será buscada, y no aparecerá; y los pecados de Judá, y no se hallarán” (Jer. 50:20). Esta justicia es suficiente para cubrir, consolar y embellecer.

Pero hay más: Somos justificados para poder ser santos. Poseer esta justicia legal es el principio de una vida santa. *No vivimos una vida santa con el fin de ser justificados, sino que somos justificados para poder vivir una vida santa.* Lo que el hombre llama santidad es algo que puede encontrarse en casi cualquier circunstancia de ansiedad, oscuridad, esclavitud u conducta farisaica y sufrimiento; pero lo que Dios llama santidad sólo puede desarrollarse bajo condiciones de libertad y luz, y de perdón y paz con Dios. El perdón es la motivación principal de la santidad. El amor, como motivo, es mucho más fuerte que la ley, mucho más influyente que el temor a la ira o al peligro del infierno. El terror puede hacer que el hombre se arrodille como un esclavo y obedezca a un amo cruel, no sea que le sucedan cosas peores, pero sólo un sentido de amor perdonador puede llevar al corazón o la conciencia a ese estado en que la obediencia es agradable al alma o aceptable a Dios.

Las ideas erradas de la santidad son comunes, no sólo entre los que profesan religiones falsas, sino entre los que profesan la verdadera. La santidad es algo que el hombre por naturaleza no puede concebir, tal como un ciego no puede concebir la belleza de una flor o la luz del sol. Todas las religiones falsas han tenido sus “santos”, cuya santidad, a menudo, consistía simplemente en la cantidad de dolor que podían infligirle a sus cuerpos o de los alimentos de los cuales se podían abstener; o del arduo trabajo que podían realizar. Pero con Dios, un santo es un ser muy diferente. En gran parte, la verdadera santidad consiste del amor filial y de todo corazón a Dios. Y esto no puede ni siquiera comenzar hasta que el pecador haya encontrado perdón, haya palpado la libertad y confiado en Dios. El espíritu de santidad es incompatible con el espíritu de esclavitud. Tiene que ser el espíritu de libertad, el espíritu de adopción por el cual clamamos: “¡Abba, Padre!” (Ro. 8:15;

Gá. 4:6). Cuando la fuente de santidad comienza a fluir en el corazón humano y a llenar todo el ser con su poder transformador y purificador decimos: “Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros” (1 Jn. 4:16). Esa es la primera nota del canto sagrado que se inició sobre la tierra y es perpetuado por toda eternidad.

Hemos sido comprados por precio para ser nuevas criaturas en Cristo Jesús. Somos perdonados para poder ser como él, quien nos perdona. Nos pone en libertad y saca de la esclavitud del pecado para que podamos ser santos. El amor gratuito e incommensurable de Dios, vertido en nosotros, se expande y eleva todo nuestro ser y, entonces, le servimos, no a fin de ganarnos su favor, sino porque ya lo hemos obtenido por, sencillamente, creer lo que Dios ha dicho referente a su Hijo. Si la raíz es santa, también lo son sus ramas. Hemos sido conectados con la raíz santa y, en consecuencia, por esta conexión nosotros somos santos también.

El perdón no anula ninguna ley ni interfiere con la justicia divina. Los indultos humanos a menudo lo hacen; el perdón de Dios nunca. *El perdón* duplica nuestras ligaduras con una vida santa, pero ya no son de hierro, sino de oro. Nos quita el yugo pesado, a fin de darnos uno liviano y fácil. *El amor es más fuerte que la ley.* Sea lo que fuere que conecta nuestra obediencia con el amor es mucho más influyente que lo que nos conecta con la ley.

El amor de Dios por nosotros y nuestro amor por Dios obran juntos para producir en nosotros santidad. El temor no logra ninguna verdadera obediencia. El suspenso no da frutos para santidad. Sólo la certidumbre del amor, del amor perdonador, lo puede hacer. Es esta certidumbre la que derrite el corazón, disuelve nuestras cadenas y alivia la carga sobre nuestros hombros para poder ponernos de pie y correr en el camino de los mandamientos divinos.

La condenación es lo que nos amarra al pecado. El perdón desata este temible amarre y nos separa del pecado. La certidumbre del amor, del amor perdonador, puede hacerlo. El poder condenatorio que posee la Ley es lo que lo hace tan fuerte y terrible. Cancelado este poder, el espíritu liberado se eleva a la esfera del amor y en esa esfera encuentra tanto la voluntad como la fuerza para guardar la Ley, la ley que es antigua y a la vez nueva: *Antigua* en cuanto a su sustancia —“Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón” (Dt.6:5)— *nueva* en su modalidad y motivación —“Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me

ha librado de la ley del pecado y de la muerte” (Ro. 8:2) —; esto es, la ley del Espíritu que nos da la vida que tenemos en Cristo Jesús, ha cortado la conexión condenatoria de aquella Ley que no hace más que llevar al pecado y la muerte. “Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne [*es decir, incapaz de llevar a cabo sus mandamientos en nuestra vieja naturaleza*], Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliese en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu” (Ro. 8:3, 4).

La eliminación de la condenación significa disolución de la esclavitud legal y esa horrible presión sobre la conciencia que nos encadenaba y nos irritaba, quitándonos la capacidad, tanto como la inclinación, hacia toda obediencia, haciendo que la santidad pareciera desagradable y mala, por lo cual nos sometíamos sólo por temor a sufrir una tragedia... Pero el mensaje “Dios es amor” es como el sol irrumpiendo a través de los nubarrones de una larga tempestad. Recibir las buenas nuevas “por medio de él se os anuncia perdón de pecados” (Hch. 13:38), es como abrir la puerta de la celda al prisionero. Termina la esclavitud dando paso a la libertad. La desconfianza desaparece y se gana el corazón. “El perfecto amor echa fuera el temor” (1 Jn. 4:18). Nos apresuramos a abrazar a Aquel quien nos amó, aborrecemos aquello que nos había enemistado; descartamos todo lo que puso distancia entre nosotros y él, anhelamos ser tan perfectos como él y participar de su santidad. Ser “participantes de la naturaleza divina” (2 P. 1:4), que antes nos era tan desagradable, de ahora en adelante es agradable y placentero, nada parece ahora más deseable que escapar de las corrupciones que hay en el mundo por la lascivia.

Nos sometemos a muchos cambios falsos, que parecen santidad, pero que realmente no lo son... el tiempo nos cambia, pero no nos hace santos. El deterioro por el paso de los años nos cambia, pero no rompe el poder del mal. Un deseo carnal sucede a otro, la fragilidad sucede a la fragilidad, el error origina otro error, una vanidad se debilita, pero otra irrumpe resuelta a tomar su lugar, una mala costumbre es cambiada por otra, pero nuestra carne sigue igual. La cruz no nos ha tocado con su poder regenerador, el Espíritu Santo no ha purificado los orígenes interiores de nuestro ser y nuestra vida.

La moda nos cambia, el ejemplo de los amigos nos cambia, la sociedad nos cambia, el entusiasmo nos cambia, nuestros intereses nos

cambian, el afecto nos cambia, el dolor nos cambia, el temor del mal que vendrá nos cambia, pero el corazón sigue igual que antes. De los numerosos cambios en nuestro carácter y comportamiento, ¡cuántos son engañosos, cuán pocos son auténticos y profundos! Sólo aquello que puede penetrar en lo más profundo de nuestro ser espiritual puede producir un cambio digno de ese nombre.

Lo único que puede realmente transformarnos es **la Cruz**. La poderosa consigna es: “Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo” (Jn. 12:32)... “Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad” (Jn. 17:19). Cristo se presenta a Dios como el Santo, el Consagrado, para que los suyos puedan participar de su santificación y ser como él: Santos, consagrados, hombres apartados para Dios por el derramamiento de su sangre. A través de la verdad, son santificados por el poder del Espíritu Santo. “Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (He. 10:14), de modo que la perfección de sus santos, tanto en cuanto a la conciencia como a su santidad personal, está conectada al sacrificio único y surge de la obra consumada en el Calvario. “En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre” (He. 10:10). También aquí la santificación está vinculada con el sacrificio del cuerpo de Cristo. Sea cual fuere el lugar que “el poder de su resurrección” ocupe en nuestra historia espiritual, la cruz es el origen de toda esa variedad de plenitud por la cual somos justificados y purificados. El secreto del creyente que anda en santidad es *su continuo recurrir a la sangre de la Garantía y su relación cotidiana con un Señor crucificado y resucitado...*

La falta de sensibilidad a la diferencia entre verdad y error es una de las características pecaminosas del protestantismo moderno. Las palabras grandilocuentes, cuadros bien logrados y una lógica fatua arrastra a multitudes. La diferencia entre evangelio y falta de evangelio es definitiva y muy trascendental; no obstante, muchos habiendo escuchado un sermón en que el evangelio de gracia para todos ha sido velado, no se percatan de que algo faltaba y para colmo alaban al predicador. Las conversiones de los últimos años no cuentan con la profundidad de las conversiones del pasado. Las conciencias están avivadas a medias y pacificadas a medias, la herida ha sido expuesta superficialmente y curada insubstancialmente. De allí la falta de discernimiento espiritual entre la verdad y el error. La conciencia no es sensible, si lo fuera, rechazaría de inmediato y resentiría cualquier declara-

ción, no importa lo bien argumentada o explicada, que interfiere, aun en el grado más mínimo, con el evangelio de gracia del amor de Dios en Cristo que pone algún obstáculo entre el pecador y la cruz o que, simplemente, habla sobre la cruz sin decirnos específicamente cómo salva y cómo purifica.

Tomado de *The Everlasting Righteousness* (La justicia eterna), a su disposición como libro de tapa blanda de Chapel Library (en inglés).

Horatius Bonar (1808-1889): Pastor presbiteriano escocés y prolífico autor de tratados, libros e himnos. Nacido en Edimburgo, Escocia.



“El adorno de buenas obras, el adorno con que esperamos entrar al cielo es la sangre y la justicia de Jesucristo; pero el adorno del cristiano aquí en la tierra es su santidad, su piedad, su perseverancia. Si algunos tuvieran un poquito más de piedad, no necesitarían ropa tan llamativa; si tuvieran un poquito más de santidad para motivarlos, no tendrían ninguna necesidad de estar siempre adornándose. Los mejores aretes que una mujer puede lucir son los aretes de escuchar la Palabra con atención. El mejor anillo que nos podemos poner en un dedo es el anillo que el padre le puso en el dedo al hijo pródigo cuando Dios lo trajo de regreso y el mejor vestido que podemos jamás usar es uno confeccionado por el Espíritu Santo, el vestido de una conducta consecuente. Pero es asombroso ver que mientras tantos se preocupan por adornar este pobre cuerpo, tienen muy pocos ornamentos para su alma, se olvidan de vestir su alma”. —C. H. Spurgeon

LA FE QUE SALVA Y LAS BUENAS OBRAS

Ebenezer Erskine (1680-1754)

PPRIMERO, LO QUE SIGNIFICA CREER EN DIOS: Significa conocer a Dios en concordancia con la revelación de él mismo, que nos ha sido dada a través de Cristo en los Evangelios. Reconozco que aun los paganos mismos, saben de su poder eterno por las maravillas que han visto. Pero el pecador culpable no tiene ningún conocimiento salvador de Dios. En cambio, el que está en Cristo vive bajo esta premisa: “Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (2 Co. 4:6). Y sean las que fueren las brillantes ideas o especulaciones que pueda tener la gente acerca de Dios y de sus excelencias descubiertas en las obras de su creación y sus providencias, si esas nociones acerca de él no están basadas en la revelación del evangelio, no es fe auténtica. Y si la revelación de Dios en Cristo no es revelada por el Espíritu de sabiduría, quitando el velo de ignorancia e incredulidad que hay en la mente por naturaleza, no puede haber un conocimiento de Dios que salva, satisface y santifica. Sin el fundamento de la Palabra, ninguna fe o creencia es auténtica. Sólo una iluminación verdadera de la mente con el conocimiento de Dios en Cristo reconciliando al mundo con sí mismo, puede producir una fe que salva. Y este conocimiento es tan esencial para tener fe o creer, que lo encontramos a menudo en las Escrituras, expresado con la palabra *conocer*: “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Jn. 17:3).

Creer en Dios implica una aceptación firme y constante de la verdad y la veracidad de lo que Dios dice en su Palabra. Es creer y aceptar el testimonio de sí mismo. Esto es llamado “recibir la evidencia de Dios, reconocer definitivamente que Dios es auténtico, creer en la veracidad de lo que nos narra el evangelio”. Cuando el hombre escucha “la palabra verdadera del evangelio” (Col. 1:5), está listo para clamar con el Apóstol: “Palabra fiel y digna de ser recibida por todos” (1 Ti. 1:15). Esta palabra está establecida en los cielos; cielo y tierra pasarán, pero esta Palabra de Dios permanece para siempre...

Procederé ahora a examinar qué influencia tiene esta fe sobre las buenas obras:

La fe auténtica une al alma con Cristo, quien es la raíz misma y la fuente de toda santidad. “De mí [dice el Señor] será hallado tu fruto. El que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto”, esto es por fe. Es cierto que en nuestro estado natural podemos llevar muchos frutos que son moral y materialmente buenos, pero sin estar unidos a Cristo, no podemos hacer ninguna obra que sea espiritualmente buena y aceptable, porque como dice el Maestro: “Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí” (Jn. 15:4). Así como es imposible cosechar uvas de las espinas o higos de los cardos igual de imposible es que alguien lejos de Cristo realice obras espiritualmente buenas...

La fe obra por el amor, y el amor es el cumplimiento de la ley. Amar a Dios en Cristo es el próximo e inmediato fruto de la fe auténtica que salva. El corazón ungido con el amor de Dios en Cristo hace que el hombre abunde en buenas obras: “El amor de Cristo nos constriñe...”, dice el Apóstol (2 Co. 5:14). El amor causa que el hombre guarde los mandamientos de Dios. El amor impulsa al hombre a correr a través del fuego y el agua por él. “Las muchas aguas no podrán apagar el amor” (Cnt. 8:7). “¿Quién nos separará del amor de Cristo?” (Ro. 8:35).

La fe aplica las promesas del Nuevo Pacto y de él obtiene gracia para obedecer los preceptos de la ley. La fe, por así decir, se desplaza entre el *precepto* y la *promesa*: Lleva al hombre del precepto a la promesa y de la promesa al precepto. Como por ejemplo cuando la ley dice “Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas” (Dt. 6:5; Lc. 10:27), la fe pasa a la promesa, donde Dios dijo: “Y circuncidará Jehová tu Dios tu corazón, y el corazón de tu descendencia, para que ames a Jehová tu Dios” (Dt. 30:6)... ¿Dice la ley: “y conocerás a Jehová”? (Os. 2:20). Pues bien, la fe confía en la promesa: “Y les daré corazón para que me conozcan” (Jer. 24:7). ¿Nos obliga la ley a guardar todos sus mandamientos? La fe recurre a la promesa y la aplica: “Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos” (Ez. 36:27).

La fe tiene influencia sobre las buenas obras cuando contempla la autoridad de Dios en Cristo interpuesta en cada mandamiento de la Ley. Los ojos de la razón, quizá vean, como hemos sugerido, la autoridad de Dios creador, que es tan evidente en el caso del pagano al contemplar los cielos; pero es únicamente con ojos de la fe que proviene del Señor, que podemos contemplar la autoridad de Dios en Cristo y

recibir de sus manos la Ley... ¡Oh! Cuando Dios en Cristo es visto por fe, el alma no puede dejar de clamar: “Dios es mi rey desde tiempo antiguo; el que obra salvación en medio de la tierra, sus mandamientos no son gravosos porque su yugo es fácil y ligera su carga. Ya no lo veo más como un pacto de obras para mí, sino como una regla de obediencia, endulzada con amor y gracia redentora”. Así pues, vemos qué influencia tiene la fe sobre las buenas obras.

Tomado de “The Necessity and Profitableness of Good Works Asserted” (La necesidad y utilidad de las buenas obras confirmadas) en *The Whole Works of the Late Rev. Ebenezer Erskine* (Las obras completas del que fuera el reverendo Ebenezer Erskine), Tomo 1, reimpreso por Tentmaker Publications, www.tentmaker.org.uk.

Ebenezer Erskine (1680-1754): Predicador evangélico escocés, fundador principal de la Iglesia Separada de Escocia (formada con disidentes de la Iglesia de Escocia), padre de quince hijos, nacido en Dryburgh, Berwickshire, Escocia.



CELOSO DE BUENAS OBRAS

Thomas Manton (1620-1677)

“Se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras” (Tito 2:14).

Debemos anhelar hacer el bien y estar contentos de hacerlo. Celo es “un grado más elevado del amor”; cuanto más amamos, más anhelamos demostrarlo. Es indudable que el celo por algo nos pone en acción inmediatamente para hacer todo voluntaria, libre y alegremente, como sugiere el Apóstol: “Pues conozco vuestra buena voluntad, de la cual yo me glorío entre los de Macedonia, que Acaya está preparada desde el año pasado; y vuestro celo ha estimulado a la mayoría” (2 Co. 9:2). Estar atacando y argumentando a cada momento con el Espíritu de Dios no es celo. No somos llamados a la simple práctica de buenas obras, *sino que tenemos que tomar la delantera,*

ser los más entusiastas y ser adalides. Estemos atentos para ver las oportunidades de hacer el bien y aprovecharlas. Debiéramos estar contentos por las oportunidades de demostrar nuestro afecto por Dios y nuestro aborrecimiento por el pecado. Esto es celo: Estar dispuestos y anhelar hacer el bien.

2. Ser celoso es negarse a uno mismo y mantenerse firme a pesar de los desalientos. El celo es un afecto mezclado; en parte consiste de amor y, en parte, de indignación. Cuando soy celoso de algo, amo ese algo y aborrezco y me libero de todo lo que lo obstruye. El celo nos pone a trabajar y nos hace perseverar a pesar de los desalientos. El celo no vacila en trabajar duro o llevar una carga; imayor es la dedicación, mayor es la gloria! Los hijos de Dios se alegran de que no pueden servir a Dios sin que les cueste algo, como declara David: “No ofreceré a Jehová mi Dios holocaustos que no me cuesten nada” (2 S. 24:24). Los hombres, definitivamente, no son celosos y sus corazones no están firmes en los caminos de Dios cuando cualquier excusa débil y pequeña ganancia material los aparta y cada pequeñez los afecta de modo que rompen su comunión con Dios y cada débil tentación interrumpe y echa por tierra todos sus propósitos y resoluciones relacionados con el deber y la obediencia, ya sea respecto de la oración, caridad o acciones rectas. Tenemos que ser decididos porque “bueno es mostrar celo en lo bueno siempre” (Gá. 4:18).

3. Ser celoso de buenas obras significa diligencia y seriedad para llevar la piedad¹⁴ a su nivel más elevado... ¿Acaso es celoso el que se contenta con un *poquito* de caridad o un *poquito* de adoración? La pereza e inactividad son opuestas al celo: “No perezosos; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor” (Ro. 12:11). Esto es así cuando nuestro espíritu arde...Un gran afecto no se contenta con cosas mezquinas ni la escasez de santidad... Aquellos que están plantados en la Vid noble que es Jesucristo, están llenos de buenas obras.

4. Ser celosos de buenas obras es ser constantes hasta el final. El fuego sobre el altar nunca se apagaba, siempre se mantenía ardiendo; de la misma manera nunca dejemos que el fuego de nuestro celo se apague. Celo no es como el fuego en la *paja*. ¡Ay! los fervores repentinos que pronto desaparecen... En cambio, el verdadero celo es como el fuego de una brazada de *leña* cuyo calor es duradero: “Bueno es mostrar celo en lo bueno siempre” (Gá. 4:18). El celo auténtico no se esfu-

¹⁴ **Piedad** – Reverencia a Dios, amor por su carácter y obediencia a su voluntad.

ma apenas un momento como un ataque de entusiasmo, que no proviene de la santificación; por lo tanto, mantengamos nuestro fervor. Cuidémonos de todo decaimiento, especialmente cuando vamos envejeciendo. Las actividades de la juventud son muy apasionadas porque los jóvenes desbordan de entusiasmo y todos parecen estar llenos de ardor, pero a veces, estas actividades no son tan sinceras. En cambio, las acciones en la madurez son más firmes, aunque muchas veces les falte vigor y ardor. Por lo tanto, procuremos conservar nuestro celo: “Vosotros corríais bien; ¿quién os estorbó?” (Gá. 5:7). Cuando al hombre carnal se le acaba el entusiasmo, se da por vencido, se enfría, es negligente e indiferente a cuestiones religiosas...

LA RELACIÓN Y EL LUGAR DEL CELO EN LAS BUENAS OBRAS ES UNA CARACTERÍSTICA DEL PUEBLO DE DIOS Y UN FRUTO DE LA MUERTE DE CRISTO:

1. Es una característica del pueblo de Dios. Hay en la nueva criatura una predisposición e inclinación por hacer buenas obras. Como todas las criaturas han sido creadas con una inclinación por hacer lo correcto, esta predisposición en la nueva criatura es de realizar actos celestiales. Así como las chispas vuelan hacia arriba y las piedras caen hacia abajo, la nueva criatura es llevada a la obediencia y santidad por un principio de gracia interior¹⁵... Las buenas obras son una característica de la nueva criatura: “Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras” (Ef. 2:10). Así como un artífice pone una marca en su obra para identificarla, Dios coloca una marca visible en sus siervos; no crea una nueva criatura para obras de la vieja vida. Las buenas obras son testigos de que podemos ofrecer evidencia de la verdad y el poder de la gracia. Lutero dice: “Las buenas obras son la fe encarnada”, es decir que la fe se manifiesta en ellas, tal como el Hijo se manifestó en la carne. Son testigos para el mundo, para nosotros y para Dios demostrando que de él somos. Son señales y testimonios para el mundo. Ésta es la insignia por la que Dios quiere que sean conocidos sus hijos, no por pompa y esplendor mundano, no por excelencias externas, riquezas, grandezas ni posesiones, sino por nuestro celo de buenas obras.

No hay árboles infértiles en el huerto de Cristo... Nuestro Padre es glorificado en sus siervos que dan mucho fruto: “En esto es glorificado

¹⁵ **Principio de gracia interior** – El principio de vida producido por el Espíritu Santo en el nuevo nacimiento.

mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos” (Jn. 15:8). Para Dios es muy importante; por eso dice en 1 Crónicas 16:29: “Dad a Jehová la honra debida a su nombre”. Ahora bien, es para honra de Dios que somos plantados e injertados en Cristo, a fin de abundar en buenas obras... Piensen que al igual que en un árbol la savia y la vida no están a la vista, pero se evidencia en su fruto, el celo de buenas obras es lo que se ve... Es la diferencia *entre nosotros y los hipócritas*; el hipócrita, al igual que un rubí, parece arder, pero al tocarlo, es muy frío. Lo mismo sucede con los que pretenden ser religiosos, hablan mucho, pero no tienen verdadero celo ni calor espiritual. Es de notar que nuestro Señor mismo da prueba de su origen divino por medio de sus obras: “Aunque no me creáis a mí, creed a las obras, para que conozcáis y creáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre” (Jn. 10:38). Lo mismo sucede con nuestras obras: Son evidencia sensible de que estamos en Cristo y Cristo en nosotros.

Las gracias no siempre se evidencian en *sentir*, sino en dar *fruto*, los efectos no se pueden esconder. Son señales y evidencias a Dios mismo. El Señor las considerará como marcas y evidencias de su pueblo... él producirá obras, a fin de que la fe de sus escogidos sea para alabanza y honra. No que Dios quiera evidencias de nuestra sinceridad, sino que quiere que todo el mundo sepa que no hemos sido estériles. El hombre que sabe que será interrogado se prepara para dar respuestas y daría mucho por saber las preguntas de antemano. Cristo nos ha dicho cuáles son las preguntas con las que seremos examinados y juzgados el Día del Juicio. Dirá: “¿Has alimentado y vestido a mi pueblo? ¿Has satisfecho sus necesidades? ¿Lo has consolado con amonestaciones y exhortaciones espirituales? ¿Has sido bueno, santo y justo?” (ver Mt. 25:31-46). Por lo tanto, ocupémonos de poder dar una respuesta que no nos avergüence en el Día Final. Este celo de buenas obras ocupa el lugar de un testigo: Ante *Dios*, como la regla y medida de su proceso; a *nosotros*, como una razón de nuestra seguridad y al *mundo* como la gran vindicación del honor de la fe que profesamos.

2. Es el fruto de la muerte de Cristo... Es indudable que Dios no ha invertido todo este costo y trabajo para nada. No se propuso enviar a Cristo al mundo y Jesucristo no se entregó a sí mismo sin ningún propósito en mente, sino para hacer arder en nosotros el fuego de una gran piedad. Los que viven en un nivel bajo de santidad son una afrenta y deshonoran todos los designios del evangelio. No muestran conciencia del amor de Dios a Cristo ni el amor de Cristo al darse a sí

mismo. Nuestra redención se cumplió, no sólo para nuestro beneficio, sino también para que pudiéramos cumplir nuestros deberes en el nivel más elevado de piedad.

En parte, Cristo también nos dio el don del Espíritu, a fin de capacitarnos para buenas obras, sí, para que seamos celosos de ellas: “Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador” (Ti. 3:5, 6). Ahora el Espíritu mora en nuestro corazón para impulsarnos a practicar nuestros dones. “El agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna” (Jn. 4:14). Así lo afirma Juan 7:38-39, “El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él”. El Espíritu no es una fuente tapada, sino que sigue fluyendo. ¡El Espíritu de Dios es un Espíritu todopoderoso y penetra en el alma, no sólo como una brisa suave, sino como un fuerte viento! Viene, no sólo en la forma de paloma, sino como lenguas de fuego repartidas (Hch. 2). Viene como un Espíritu de poder para avivar y dar vida al alma elevándola a grandes alturas y dándole fervor por la obediencia.

Consideremos lo siguiente: Así como el hombre bajo la influencia de Satanás (el espíritu inmundo) es malo y es llevado como manada de cerdos al mar, el que es influenciado por el Espíritu de Dios es llevado con gran intensidad por el camino de Dios. El diablo no tiene las ventajas sobre sus instrumentos como las tiene el Espíritu de Dios sobre nosotros. El diablo obra y se manifiesta en todos los hijos de desobediencia: Es “el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia” (Ef. 2:2), pero el diablo no puede obrar más que con el consentimiento del hombre, ni puede hacerlo de inmediato en el alma, sino en los sentidos y en su ilusoria imaginación; en cambio, Dios puede obrar inmediatamente en aquellos sobre los cuales tiene dominio. Por lo tanto, siendo influenciados por él, por fuerza son celosos y dedicados, porque el Espíritu de Dios no se mueve “en cámara lenta”... Cuando el Espíritu manifiesta su poder en el alma, los que tienen el Espíritu Santo no lo toman a la ligera, como lo hacen los hombres carnales, *sino en serio*. No juegan con la fe cristiana, sino que hacen de ella su misión más importante para asombrar al cielo y tener una comunión constante con Dios: “El reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan” (Mt. 11:12).

PRIMERA APLICACIÓN: *La gracia no es enemiga de las buenas obras.* El libertinaje siempre ha existido y es natural. Cristo murió para mejorar la piedad, no para disminuirla, para elevarla a su nivel más alto, para hacernos celosos de buenas obras, a fin de que podamos ser llevados al cielo a toda marcha. Por otro lado, el que flaquea no se mantiene en guardia contra el pecado, es menos diligente en el ejercicio de la santidad, tiene menos comunión con Dios, es menos humilde y menos arrepentido después de cometer un pecado, lo cual es el peor abuso de la gracia que puede haber, pervirtiendo su aplicación natural. Al lado del fuego no nos congelamos. Es muy distinto que estar al lado de la pintura de una fogata donde nos podemos congelar y sufrir enfriamiento y sopor. *En cambio, la verdadera gracia es un fuego que calienta y da fervor a nuestros afectos.* Cristo vino para que seamos más alegres y entusiastas, no perezosos, indiferentes y fríos. Un cristiano frío tendrá poco consuelo. ¿Por quiénes murió Jesús? Por los que son celosos de buenas obras... No son las oraciones frías, las devociones aburridas ni los deseos soñolientos del hombre medio dormido lo que servirá en este caso. El cielo se toma por fuerza y se le arremete con intensidad. Es romper barreras y todos los impedimentos que intentan apartarnos de Dios.

SEGUNDA APLICACIÓN: *Es hora de intensificar este celo de buenas obras.* En esta época de muertos y somnolientos necesitamos una voz de alarma. El conocimiento ha devorado la práctica de buenas obras en estos tiempos decadentes. Séneca¹⁶ se quejaba de que los hombres estudiaban con el fin de llenar sus cerebros, dejando vacíos sus corazones; y que, en cuanto los hombres eran más letrados, eran menos buenos. El mundo está totalmente a favor de almacenar ideas en la cabeza, ideas vacías y superficiales, de modo que si apareciera Cristo entre nosotros, encontraría pocos celosos, pero muchos cristianos perezosos que viven un cristianismo superficial y barato. Somos altisonantes con nuestras fantasías, nuestras nociones y pretensiones, pero callados y apagados en la práctica y conversación. Por lo general, esto sucede durante las épocas de prosperidad de la iglesia, a semejanza de un río que pierde su profundidad a medida que aumenta su caudal. Entonces tiene muchos amigos, pero su amor no es tan fuerte ni ardiente como en otras épocas... Por eso, a menudo sucede con la iglesia de Dios, que cuando la religión es atractiva muchos la siguen, pero ¡ay! lamenta-

¹⁶ **Séneca, Lucio Anneo** (c. 4 a. de J.C. – 65 d. de J.C.), también Séneca, el joven – Filósofo, estadista y orador romano; el intelectual principal de Roma en su época.

blemente es débil y sin espíritu, exenta de vida y vigor... Por lo tanto, pensemos en qué tipo de refuerzos y consideraciones serían los más eficaces para impulsarnos a tener este celo y cuidado de las buenas obras.

Consideremos qué violentos y apasionados son los hombres carnales en los caminos del pecado ¿y servirán ellos a Satanás mejor que nosotros a Dios? Pensemos en que tenemos un dueño mejor, un trabajo mejor y mejor pago. El dueño de los hombres carnales es el diablo, su obra es la conducta más baja, puesto que son esclavos de sus propias lascivias, y la paga que reciben es la que merecen: Su recompensa es condenación eterna y separación de la presencia de Dios ¡Cuán activos son los hombres impíos en el reino de las tinieblas! ¡Qué celosos y dedicados son en lograr su propia ruina, como si no pudieran esperar a ser condenados...! [Dios le ordena al profeta Jeremías que considere una visión]. “¿No ves lo que éstos hacen en las ciudades de Judá y en las calles de Jerusalén? Los hijos recogen la leña, los padres encienden el fuego, y las mujeres amasan la masa, para hacer tortas a la reina del cielo y para hacer ofrendas a dioses ajenos, para provocarme a ira” (Jer. 7:17-18). ¡Cuánta actividad diligente vemos aquí para promover su adoración falsa! Padres, hijos, esposos y esposas, todos ponen sus manos al arado y encuentran algo que hacer para lograr su objetivo. ¿Dónde encontraríamos una familia así, tan trabajadora y celosa para realizar la obra de Dios? ¡Oh! ¿Cómo podemos observar semejante espectáculo sin avergonzarnos? ¿Cómo imaginarnos que la lujuria pueda tener más poder sobre ellos que el amor que Dios tiene por nosotros? Nosotros tenemos motivos más elevados y la ocupación más noble; nuestra obra es perfeccionar a la criatura para lo cual se practican las obras más insignes, de las maneras más nobles, nuestras recompensas son más excelentes y tenemos mayores ventajas y ayuda. ¿Se esforzarán más ellos por arruinar sus almas que nosotros por salvar las nuestras? Hay un pasaje en la historia de la Iglesia que narra que cuando Pambus, [un santo de la Edad Media] vio una prostituta extravagantemente vestida, lloró, en parte, por ver lo mucho que se esforzó para su propia ruina eterna y, en parte, porque él mismo no había puesto tanto empeño por complacer a Cristo y vestir su alma para Cristo como la había hecho ella para complacer a su amante de ocasión. Los cristianos deberíamos, por lo menos, sonrojarnos cada vez que vemos tal clase de espectáculo. Cuando caminamos por la calle y en los comercios vemos a tantas personas trabajando arduamente por

una ganancia temporal, deberíamos avergonzarnos de lo negligentes y descuidados que hemos sido en la obra de Dios.

Consideremos cómo nosotros mismos hemos sido apasionados y activos en los caminos del pecado: ¿Acaso no lo seremos aún más en los caminos de Dios? Muchos podríamos decir: “Cuando era malo y carnal, lo era de todo corazón y ¿seré menos ahora en un estado de gracia?”. El Apóstol lo dice de esta manera interesante: “Hablo como humano, por vuestra humana debilidad; que así como para iniquidad presentasteis vuestros miembros para servir a la inmundicia y a la iniquidad, así ahora para santificación” (Ro. 6:19). Notemos cómo el Apóstol lo presenta con un prefacio: “Hablo como humano, por vuestra humana debilidad”, es decir, el hombre con sentido común y buen juicio considera que debe ser tan diligente en superarse para alcanzar la altura de santificación y ser celoso de buenas obras, como lo fue para elevarse a la altura del pecado y ser celoso del infierno. ¿No debíamos querer salvarnos como quisimos arruinarnos y condenarnos a nosotros mismos? Si nos apresurábamos a cometer perversidades como si ansiáramos ser condenados, ahora, por lógica, debíamos ser tan celosos de Dios como lo fuimos de Satanás. Antes podíamos estar de juerga de día y de noche y ¿entonces, ahora no podemos pasar algunos días ayunando y orando? ¿Nos sentimos impacientes por cada hora que le dedicamos a Dios?... Es justo que nos propongamos, hasta donde nos permitan nuestras fuerzas, ser tan activos y celosos de Dios, y crecer en gracia como lo éramos para incrementar nuestro pecado y culpabilidad. Antes, no nos rendíamos porque queríamos hacer el mayor mal posible; ser tan perversos que hubiera sido imposible serlo más. ¿Por qué no debíamos ahora procurar crecer en la gracia? ¿Puede una conversión ser correcta cuando el pecado ocupa más de nuestros pensamientos que los que ocupa Dios?...

Consideremos lo que Cristo ha hecho para comprar nuestra salvación. No fue un juego ni una broma redimir [a pecadores]. Cristo se entregó para ser tentado, para ser perseguido, para ser crucificado, para sufrir amargas agonías, ¿y para que todo este sacrificio no sirva para nada? Las tentaciones de Cristo y los sufrimientos de su cruz muestran que no es cosa fácil llevar un alma al cielo y, por lo tanto, ¿no hemos de ser celosos de Dios? El cristiano carnal e indiferente le resta importancia a los sufrimientos de Cristo, como si no fueran parte del plan de Dios para la salvación. Pierden el tiempo y lo consideran un complemento de la religión de modo que no es una cuestión indis-

pensable para salvar sus almas: “¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria?” (Lc. 24:26) y “fue necesario que el Cristo padeciese” (24:46). Dios dispuso todo de manera que ninguna otra cosa podía tomar su lugar. Que Cristo tuviera que sufrir fue ordenado de antemano.

Pero alguien puede objetar: “¿Cómo insiste usted en este celo e intensidad para hacer buenas obras con base en lo que Cristo ha hecho! Porque si él ya hizo tanto, ¿qué necesidad tenemos de más?”. Respondo: “Él se ha ido al cielo como Capitán de nuestra salvación y nosotros debemos ir en pos de él; ha ido para establecer en el cielo nuestro derecho a él, pero tenemos que esforzarnos en nuestra marcha hacia él. Canaán fue dada a Israel, pero tuvieron que tomar posesión de ella con la espada. [De igual manera], Caleb tuvo que vencer y echar fuera de Hebrón a los gigantes, aunque de antemano Dios le había dado esa ciudad. Por lo tanto, aunque el cielo ya nos ha sido dado y Cristo ya lo ha tomado por nuestro derecho, tenemos nuestras luchas antes de poseerlo; sí, el poder de Satanás ha sido quebrantado, su calcañar ha sido herido; y, sin embargo, quedan algunas reliquias de la batalla que tenemos que vencer. Por lo tanto, seamos dedicados, seamos celosos hasta alcanzar la meta.

Consideremos lo aborrecible que es para Dios la falta de celo. No aceptará un espíritu frío, indiferente y neutral: “Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca” (Ap. 3:16). Los creyentes fríos y perezosos, que no tienen más que formulismos muertos, son como agua tibia en el estómago. No hay nada que cause tantas náuseas al estómago como algo tibio. De manera similar, Dios vomitará con repugnancia a los tibios.

Consideremos lo deshonesto que es para el Dios viviente el que le sirvamos con un corazón muerto y sentimientos fríos, después de haber hecho un pacto con nosotros en términos tan gloriosos y nobles... “¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?” (He. 9:14). Dios, quien es un Dios viviente, debe contar con un servicio ferviente, pero los hombres lo adoran como un ídolo muerto... Lo que hacemos, tenemos que hacerlo de todo corazón y con todas nuestras fuerzas. Recordemos que la fe cristiana no es fruto de nuestra imaginación. No adoramos las vanidades de los gentiles, por lo tanto, no seamos muer-

tos, fríos e indiferentes. Adoramos al Dios vivo y merece que le sirvamos con vida, celo y toda la fuerza del amor.

Tomado del Sermón 22 en “Sermons upon Titus 2:11-14” (Sermones basados en Tito 2:11-14) en *The Complete Works of Thomas Manton* (Las obras completas de Thomas Manton), Tomo 16, reimpresso por Maranatha Publications.

Thomas Manton (1620-1677): Predicador puritano no conformista. James Ussher lo llamó “uno de los mejores predicadores en Inglaterra”. Nombrado como una de los tres secretarios de la Asamblea de Westminster. Nacido en Lawrence-Lydiat, Somerset, Inglaterra.



LA NECESIDAD DE OCUPARNOS EN BUENAS OBRAS

Ebenezer Erskine (1680-1754)

*“Palabra fiel es esta, y en estas cosas quiero que insistas con firmeza,
para que los que creen en Dios procuren ocuparse en buenas obras.
Estas cosas son buenas y útiles a los hombres” (Tito 3:8).*

Por el Espíritu de profecía, el Apóstol previó que la doctrina de la gracia tendría que enfrentar una oposición extraña en las épocas futuras. La oposición ya había comenzado en su propia época, según parece indicar en su epístola a los Gálatas. Lo ratifica con más solemnidad al afirmar: “Palabra fiel es esta”. De esto concluyo que como ministros de Cristo tenemos que ser constantes en todo el consejo de Dios, conscientes de que hay algunas verdades que necesitan ser más declaradas y explicadas que otras, particularmente aquellas que son fundamentales y controvertidas por lo que hay quienes no las aceptan y las rechazan. A tales verdades se les recalca, advirtiendo que se requiere mayor seriedad, diligencia y atención al considerarlas. Entonces el Apóstol aquí, consciente de la oposición a la doctrina de la gracia que enfrentaría por parte de hombres que creían que las buenas obras son necesarias para estar en comunión con Dios, agrega estas

palabras que son como un broche de oro para concluir el tema: “Palabra fiel es esta”.

Los pastores son guardianes designados para defender la verdad. Por lo tanto, cuando alguna verdad de Dios corre peligro, tienen que estar doblemente en guardia y mantenerse firmes para que estas verdades que el enemigo más ataca no sean descartadas. Y mientras que el deber del pastor es enseñar, inculcar y apoyar esas verdades que son desafiadas o contradichas, es también la obligación de los hermanos *estudiar* estas verdades y los argumentos que las apoyan. De esta manera tendrán la capacidad de distinguir entre la verdad y el error, y dar razón de su fe y esperanza (1 P. 3:15). Los bereanos recibieron notables elogios por esto (Hch. 17:10, 11). Son llamados nobles por la siguiente razón: No aceptaban implícitamente las doctrinas que les enseñaban, ni siquiera las que enseñaban los apóstoles mismos. No, en cambio comparaban la doctrina apostólica con las normas de la Ley y el Testimonio. Y esto es algo, no sólo ordenado y aprobado en la Escrituras de la verdad, sino muy consecuentes con los dictados de un razonamiento correcto. ¿Cómo puede ser útil que las gentes puedan obedecer el mandato de “contender por la fe una vez dada a los santos” si no comprenden la doctrina de la fe y, particularmente, estas doctrinas que corren peligro de serles quitadas? Los pastores son llamados “administradores de Dios” (Ti. 1:7) y “administradores de los misterios de Dios” (1 Co. 4:1, 2). Ahora bien, sabemos que es por beneficio del hogar o la familia que el encargado de la comida les dé de comer alimento sano y nutritivo, si no, les puede suceder que se traguen una piedra, en lugar de un pan o un escorpión, en lugar de un pescado. Les llamamos, señores, a examinar y poner a prueba nuestras doctrinas ante el tribunal de la Palabra y si no ganan el juicio allí, déjenlas hundirse y morir eternamente. Siempre es motivo de desconfianza cuando alguien se niega a poner a prueba sus doctrinas porque “el que practica la verdad viene a la luz, para que sea manifiesto que sus obras son hechas en Dios” (Jn. 3:21).

2. En las palabras de Pablo, tenemos un mandato apostólico a Tito y a todos los ministros del evangelio: “Estas cosas quiero que insistas con firmeza”. La palabra en el original, traducida como *insistas*, es tomada de la práctica de quienes compran o venden algo, e insisten en la veracidad de lo que dicen del producto para poder defenderlo contra cualquier imputación legal en su contra. Tito y otros pastores, no sólo de-

ben enseñar las doctrinas del evangelio, sino confirmarlas y tener respuesta para cualquier acusación o cuestionamiento en su contra.

3. Hay una doctrina en particular que, en sus palabras, el Apóstol pide a Tito que enseñe, a saber: “que los que creen en Dios procuren ocuparse en buenas obras”. Notemos que el fundamento de todas las buenas obras es creer en Dios, en Dios tal como se manifestó en Cristo, Dios reconciliando al mundo con sí mismo. Porque, sin Cristo, él no puede ser el objeto de fe, sino de consternación al pecador culpable. Al final de cuentas, creer en Dios es el fundamento mismo de toda buena obra porque “sin fe es imposible agradar a Dios” (He. 11:6) y los que han creído están comisionados a ocuparse de buenas obras. La palabra en el original es un vocablo militar, que se refiere particularmente, a los que se colocan en la primera línea en el campo de batalla y marchan adelante para alentar a todo el ejército a seguirlos. “Los creyentes”, diría el Apóstol, “no sólo deben hacer buenas obras, sino que deben ser modelo y ejemplo para los demás”, como lo expresa Cristo: “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mt. 5:16).

ME PREGUNTO AHORA, QUÉ IMPLICA ESA FRASE QUE HABLA DE PROCURAR OCUPARSE EN BUENAS OBRAS. Y respondo a mi pregunta brevemente, con las siguientes implicaciones:

1. Implica una atención diligente a las reglas de la Palabra. De acuerdo con David: “¿Con qué limpiará el joven su camino? Con guardar tu palabra” (Sal. 119:9), el joven convierte las reglas de Dios en su consejero. Cuando es llamado a servir de una manera u otra, sigue la recomendación de este consejero en cuanto a responder o no al llamado. “Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino” (Sal. 119:105). Así como Israel seguía la columna de nube o de fuego en todas sus acciones y avances porque le daban dirección a través del desierto, así el alma llena de gracia sigue la Ley o el Testimonio a cada paso en su peregrinaje hacia la Canaán celestial.

2. Implica un anhelo y preocupación del alma de que sus acciones sean manejadas y ordenadas de acuerdo con esas reglas. Es el anhelo profundo de su alma estar en el camino del Señor, como lo era para David: “¡Ojalá fuesen ordenados mis caminos para guardar tus estatutos!” (Sal. 119:5). No sólo desea que su andar exterior, sino también que el sentir interior de su alma —todos los pensamientos en ella— sean moldeados de modo que coincidan con la Ley de Dios: “Sea mi

corazón íntegro en tus estatutos, para que no sea yo avergonzado” (Sal. 119:80). Tanta es su preocupación por esto que guarda la Ley de Dios en el centro mismo de su corazón como antídoto contra el pecado: “En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti” (Sal. 119:11).

3. Implica un cuidado santo contra toda tentación, sugerencia u ocasión de pecar con los pensamientos, palabras o acciones: “Yo dije: Atenderé a mis caminos” (Sal. 39:1). Mantenerse en guardia cuidando su corazón es cumplir aquel mandato que dice: “Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida” (Pr. 4:23). Es mantener en guardia los ojos y hacer un pacto con ellos y con la boca, no sea que el pecado entre o salga por una de esas puertas.

4. Implica aprovechar cada oportunidad de realizar las buenas obras que Dios pone en sus manos y mejorarlas. Cuando Dios da oportunidad o talento, estúdielo, a fin de que sea útil para el Señor y para provecho y beneficio de los demás y de uno mismo, como lo enseña Salomón: “Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas” (Ec. 9:10).

5. Implica seguir adelante y progresar en los deberes de obediencia sin volver a la vieja vida de pecado. El cristiano no es como el perro que vuelve a su propio vómito o el cerdo lavado sólo para volver a revolcarse en el cieno. No, el justo sigue firme en su camino; se ocupa de buenas obras, se hace cada vez más fuerte, se olvida de las cosas pasadas y se extiende a lo que está delante (Fil. 3:13).

6. La palabra aquí, como ya lo insinué en la explicación, implica entusiasmar o influenciar a otros para que hagan buenas obras. La palabra, como dije, es una expresión militar que se refiere a capitanes o comandantes que van al frente de la batalla, alentando a los soldados para que sigan su ejemplo. El creyente procura dar un buen ejemplo siendo una expresión fiel de lo que son la santidad y las buenas obras para que otros quieran imitarlo.

7. En último lugar, ocuparse de buenas obras requiere hacerlas todas por fe y utilizando mejor el poder que Cristo da. “Vendré a los hechos poderosos de Jehová el Señor; haré memoria de tu justicia, de la tuya sola” (Sal. 71:16).

Tomado de “The Necessity and Profitableness of Good Works Asserted”.



LA MEJOR MANERA DE MOTIVAR LAS BUENAS OBRAS

John Bunyan (1628-1688)

“Para que justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna. Palabra fiel es esta, y en estas cosas quiero que insistas con firmeza, para que los que creen en Dios procuren ocuparse en buenas obras. Estas cosas son buenas y útiles a los hombres” (Tito 3:7-8).

La mejor manera de motivar las buenas obras en otros y en nosotros mismos es declarar la doctrina de la justificación por gracia y nosotros creerla. “Palabra fiel es esta, y en estas cosas quiero que insistas con firmeza, para que los que creen en Dios procuren ocuparse en buenas obras” (Tit. 3:8)... La mejor manera de abundar en ellas es estar consciente siempre de la doctrina de la justificación por gracia. Y ambas coinciden porque así como la fe estimula las buenas obras, la doctrina de la gracia estimula la fe. Por lo cual, la manera de abundar en buenas obras es abundar en la fe y la manera de abundar en la fe es declarar sin cesar a otros la doctrina de la gracia y nosotros mismos creerla.

PRIMERO, DECLARAR SIN CESAR A OTROS: Pablo le dice a Timoteo que si enseña a los hermanos las verdades del evangelio, no sólo será un buen ministro de Jesucristo, sino que él mismo será nutrido con las palabras de la fe y de la buena doctrina (1 Ti. 4:6). Dios ordena que los cristianos declaren frecuentemente las cosas de Dios unos a otros y afirma que haciéndolo se edificarán mutuamente (He. 10:24, 25; 1 Ts. 5:11).

La doctrina del evangelio es como el rocío y la llovizna sobre la hierba por lo cual ésta crece y mantiene su verdor (Dt. 32:2). Los cristianos son como las diversas flores en un jardín cubiertas de rocío que, cuando sacudidas por el viento, lo dejan caer en las raíces de unas y otras nutriéndose mutuamente. El que los cristianos compartan unos con otros con amor los asuntos de Dios es como si acercaran al rostro de los demás frascos de perfume para que disfruten su aroma. Dice Pablo a la iglesia en Roma: “Porque deseo veros, para comunicaros algún don espiritual, a fin de que seáis confirmados; esto es, para ser mutuamente confortados por la fe que nos es común a vosotros y a mí”

(Ro. 1:11, 12). Los cristianos deben declarar entre ellos con frecuencia la doctrina de la gracia.

SEGUNDO, A MEDIDA QUE HACEN ESTO, DEBEN VIVIR ELLOS MISMOS EN EL PODER QUE ESTO GENERA. Deben absorber esta doctrina por fe, tal como el suelo absorbe la lluvia y, una vez hecho esto, proclamar las buenas obras. Pablo declara lo siguiente a los colosenses: “Siempre orando por vosotros, damos gracias a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, habiendo oído de vuestra fe en Cristo Jesús, y del amor que tenéis a todos los santos, a causa de la esperanza que os está guardada en los cielos, de la cual ya habéis oído por la palabra verdadera del evangelio, que ha llegado hasta vosotros, así como a todo el mundo, y lleva fruto y crece también en vosotros, desde el día que oísteis y conocisteis la gracia de Dios en verdad”. ¿Desde cuándo? “desde el día que lo oíste”. ¿Por qué? “Porque conocía la gracia de Dios en verdad” (Col. 1:3-6).

A las manzanas y las flores no las hace el granjero, sino que son el efecto de haber sembrado y regado. Si se siembra en el pecador la buena doctrina y se riega con el mensaje de gracia, los efectos serán frutos de santidad y, al final, vida eterna (Ro. 6:22). *La buena doctrina es la doctrina del evangelio* que le muestra al pecador que Dios lo cubre por gracia con la justicia de su Hijo y lo reviste con todos sus beneficios. Por esa gracia, el pecador es [declarado] justo ante Dios. Y porque lo es, satura al corazón con un principio de gracia, por lo que cobra vida y da fruto (Ro. 3:21-26; 1 Co. 1:30; 2Co. 5:21; Jn. 1:16).

Ahora bien, viendo que las buenas obras fluyen de la fe y viendo que la fe es nutrida por la declaración de la doctrina del evangelio, tenga en cuenta las siguientes consideraciones acerca de la doctrina del evangelio para apoyar su fe, a fin de poder dar fruto y abundar en buenas obras.

Primera consideración: Toda la Biblia fue escrita precisamente con este fin: Que creamos esta doctrina y la vivamos en su consolación y dulzura. “Porque las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza”. “Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre” (Ro. 15:4; Jn. 20:31).

Segunda consideración: Que, por lo tanto, cada promesa de la Biblia es nuestra para fortalecer, avivar y alentar a nuestro corazón para que crea.

Tercera consideración: Que nada podemos hacer que agrade más a Dios que creer: “Se complace Jehová en los que le temen, y en los que esperan en su misericordia” (Sal. 147:11). Agradamos a Dios cuando aceptamos su justicia, etc.

Cuarta consideración: Que todo lo que Dios nos quita no es para debilitarnos, sino para probar nuestra fe. Igualmente, cuando permite que Satanás haga algo contra nosotros o que lo haga nuestro propio corazón, no es para debilitar nuestra fe (Job 23:8-10; 1 P. 1:7).

Quinta consideración: Que *creer* es lo que mantiene a la vista las cosas celestiales y la gloria y lo que desanima al diablo, debilita al pecado y aviva y endulza nuestro corazón (He. 11:27; Stg. 4:7; 1 P. 5:9; Ef. 6:16; Ro. 15:13).

Última consideración: Al creer, el que ama a Dios vive con calidez en su corazón y esto le motiva a bendecir continuamente a Dios por Cristo, por su gracia, por su fe y esperanza; y todas estas cosas, sea ya que se manifiesten en Dios o en él mismo, son corolarios de la salvación (2 Co. 2:14; Sal. 103:1-3).

TERCERO, LA DOCTRINA DEL PERDÓN DE LOS PECADOS POR FE TENDRÁ UN EFECTO EXTRAORDINARIO EN EL CORAZÓN DEL PECADOR PARA PRODUCIR BUENAS OBRAS. Pero, dado que hay un cuerpo de muerte y pecado en todo el que tiene la gracia de Dios en este mundo y, dado que, como dice el Apóstol (Ro. 7:21), este cuerpo de pecado seguirá oponiéndose siempre a lo bueno, tratemos más detenidamente estos temas para poder descartar lo que nos impide vivir una vida fructífera.

1. Mantengámonos continuamente en guardia por lo miserable de nuestro propio corazón, no para desanimarnos ante su vileza, sino para prevenir su maldad. Esta vileza procurará impedir que hagamos buenas obras o nos impulsará a hacer las malas porque en nosotros mora el mal con estos dos propósitos. Cuidémonos entonces, de no prestarle atención, sino rechazar las obras del pecado, aunque nos exija muchísimo esfuerzo.

2. Estemos continuamente conscientes de que Dios tiene sus ojos sobre nosotros y ve cada impulso secreto de nuestro corazón, ya sea cuando nos acercamos o cuando nos alejamos de él. “Todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta” (He. 4:13).

3. Si nos negamos a realizar el bien que nos corresponde hacer con lo que Dios nos ha dado, sepamos que aunque él ama nuestra alma,

igual nos puede castigar: Primero, puede castigar nuestro ser interior con tantas aflicciones que nuestra vida estará llena de agitación y confusión. Segundo, puede también arruinar tanto a nuestro ser exterior que todo lo que ganamos caerá en saco roto (Sal. 89:31-33; Hag. 1:6). Supongamos que Dios permitiera a un ladrón apoderarse de nuestros bienes o que una chispa de fuego incendiara lo que hemos almacenado, ¡qué rápido y sin haberlo querido, podríamos quedarnos sin nada, cuando lo que teníamos, si hubiéramos querido, podríamos haberlo usado para gloria de Dios! Y digo más: Si no tenemos un corazón predispuesto a hacer el bien cuando tenemos con qué hacerlo, no recibiremos tampoco ningún bien de otros, cuando lo nuestro nos haya sido quitado (ver Jue. 1:6-7).

4. Reflexionemos en que una vida llena de buenas obras es la única manera que tenemos de responder a la misericordia de Dios que hemos recibido. Dios no vaciló en darnos su Hijo, su Espíritu y el reino de los cielos. Pablo dice: “Os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional” (Ro. 12:1; Mt. 18:32-33).

5. Consideremos que éste es el camino para convencer a todos que el poder de las cosas de Dios se ha apoderado de nuestro corazón. Me dirijo ahora a los que le dan importancia a su vida religiosa: Digan lo que digan, si su fe no va acompañada de una vida santa, será juzgado como un rama seca, como alguien cuya fe en Cristo es pura palabrería, sal sin sabor y tan muerta como metal que resuena y címbalo que retiñe (Jn. 15; Mt. 13; 1 Co. 13:1, 2). Y los demás le pedirán que les muestre su fe con sus obras porque no pueden ver su corazón (Stg. 2:18). Pero yo digo que al contrario, si usted anda como es digno por haber sido salvo por gracia, será un testigo a la conciencia de otros que usted es auténtico, y hará que el malo se sienta culpable (1 S. 24:16, 17). De esta manera, usted da la oportunidad de seguir al Señor a los que quieren hacerlo y ya no es culpable de la sangre de todos ellos (2 Co. 11:12; Hch. 20:26, 31-35). Y también motivará a otros a ocuparse en buenas obras. El que lo oye, lo bendecirá, el que lo ve, testificará de usted. Dijo David: “Por lo cual no resbalará jamás; en memoria eterna será el justo” (Sal. 112:6; He. 10:24; Job 29:11).

6. Además, el corazón que está lleno de buenas obras no tiene ningún espacio para las tentaciones de Satanás. Y esto es lo que quiere significar Pedro cuando escribe: “Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a

quien devorar” (1 P. 5:8). El que anda en rectitud, anda seguro. Y los que agregan a la fe “virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor. Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo” (2 P. 1:5-10, Pr. 10:9).

7. El que más lleno está de buenas obras, es el que está en mejor condición para vivir y en mejor condición para morir. “Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano” (2 Ti. 4:6). En cambio el improductivo no está en condición para vivir ni para morir; él mismo sabe muy bien que no está en condición para morir y Dios mismo sabe que no está en condición para vivir: “Córta-la; ¿para qué inutiliza también la tierra?” (Lc. 13:7).

Para concluir, como motivación para ocuparnos de buenas obras, pensemos que cuando estemos en gloria, recibiremos de Dios una recompensa por todo lo que hicimos por él en la tierra. Pocos son los hijos de Dios que piensan en cuán ricamente Dios recompensará lo que hicieron para él aquí, movidos por un principio correcto y para un fin correcto. Ni un pedazo de pan para el pobre, ni una gota de agua dada por los que son de Cristo, ni la caída de un cabello de su cabeza quedará sin su recompensa en aquel día (Lc. 14:13-14; Mt. 10:42). “Porque esta leve tribulación momentánea” y todos los demás actos de negarnos a nosotros mismos “produce[n] en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria” (2 Co. 4:17). Abundemos en buenas obras, pues entonces, tendremos más que salvación. La salvación ya la tenemos a través de Cristo por gracia y sin obras (Ef.2:8-10), pero ahora, siendo justificados y salvos, como fruto de serlo, somos renovados por el Espíritu Santo. Después de esto, seremos recompensados por toda obra que demostró ser buena.

Tomado de “Christian Behavior” (Comportamiento cristiano) en *The Works of John Bunyan* (Las obras de John Bunyan), Tomo II, reimpresso por The Banner of Truth Trust.

John Bunyan (1628-1688): Pastor y predicador inglés, uno de los escritores más influyentes del siglo XVII. Amado autor de *El Progreso del Peregrino*, *La Guerra Santa*, *El Sacrificio Aceptable* y muchos otros. Nacido en Elstow cerca de Bedford, Inglaterra.



“Por obediencia a los mandatos de Dios, damos evidencia de la sinceridad de nuestra profesión santa. Por ella, nuestra fe es declarada auténtica delante de los hombres... La fe del que pretende creer en Jesús y no realiza habitualmente buenas obras es inútil, estéril, muerta. Con nuestra buena conversación, nuestra luz brilla delante de los hombres, edificamos a nuestros hermanos, silenciamos a nuestros opositores y preservamos al evangelio de los reproches que de otra manera se le harían, como si fuera una doctrina licenciosa”. —*Abraham Booth*

EL JUICIO Y LA RECOMPENSA DE LOS SANTOS

John Bunyan (1628-1688)

*“Ha de haber resurrección de los muertos, así de justos
como de injustos” (Hechos 24:15).*

Cuando los santos resuciten tendrán que dar cuenta de todas las cosas que hicieron aquí en este mundo, en general, hayan sido buenas o malas... En esa ocasión, todas las acciones serán contadas, desde la primera buena que hizo Adán o Abel, hasta la última que se realizará en el mundo...

Primero, entonces [cuando los santos resuciten] habrá una recompensa para todos los que han andado sinceramente en la Palabra y la doctrina, sí, una recompensa para todas las almas que han sido salvas y regadas por sus palabras. Ese día, Pablo, el que plantó, y Apolo, el que regó, junto con todos sus compañeros, recibirán su recompensa conforme a su labor (1 Co. 3:6-8).

Ese día, toda la predicación, oración, fidelidad y labor en que nos hemos ocupado para quitarle gente a Satanás y llevarla a Dios, será recompensada con una gloria esplendorosa. Cada alma que hayamos llevado al Señor Jesús, cada alma que hayamos consolado, fortalecido o ayudado con sanos consejos, exhortaciones y conversaciones útiles, será una perla en nuestra corona: “la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día” (2 Ti. 4:7-8). Esto es, si hemos enaltecido, entusiasta y gozosamente, el nombre de Dios entre los hombres y si lo hemos hecho con amor, anhelando la salvación de los pecadores porque, de otra manera, tendremos sólo la carga que significó nuestros esfuerzos y nada más. “Por lo cual, si lo hago de buena voluntad, recompensa tendré; pero si de mala voluntad, la comisión me ha sido encomendada” (1 Co. 9:17; Fil. 1:15). Repito, si lo hacemos por gracia, recibiremos una recompensa: “Porque ¿cuál es nuestra esperanza, o gozo, o corona de que me gloríe? ¿No lo sois vosotros, delante de nuestro Señor Jesucristo, en su venida? Vosotros sois nuestra gloria y gozo” (1 Ts. 2:19, 20). Por lo tanto, cobremos aliento porque Cristo nos ha puesto a trabajar en su cosecha, animémonos en medio de toda nuestra aflicción y sepamos que Dios reconoce que “el que haga volver al pecador del error de su camino, salvará de muerte un alma, y cubrirá multitud de pecados” (Stg. 5:20). Por lo tanto, trabajemos para convertir, trabajemos para regar, trabaje-

mos para edificar y para atender el consejo apostólico: “Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto, y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria” (1 P. 5:2, 4).

Segundo, así como los ministros del evangelio de Cristo serán recompensados en aquel día, lo serán también los miembros de la congregación de los santos. El Señor posará sus ojos sobre ellos con tierno amor y serán recompensados por toda su obra de amor al servir a sus santos y sufrir por su nombre (He. 6:10). “Sabido que el bien que cada uno hiciere, ése recibirá del Señor, sea siervo o sea libre” (Ef. 6:8). ¡Ah! El pueblo de Dios rara vez piensa con cuánta generosidad y plenitud reconocerá y recompensará él todas las buenas y santas acciones de su pueblo en aquel día. Cada detalle, cada gota de agua, cada vestido y cada acto de hospitalidad, aunque haya parecido ser lo más insignificante, será recompensado delante de los hombres y de los ángeles, “Y cualquiera que dé a uno de estos pequeñitos un vaso de agua fría solamente, por cuanto es discípulo, de cierto os digo que no perderá su recompensa” (Mt. 10:42). Por lo tanto, dice él: “Mas cuando hagas banquete, llama a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos; y serás bienaventurado; porque ellos no te pueden recompensar, pero te será recompensado en la resurrección de los justos” (Lc. 14:13-14). Si acaso hubiera algún arrepentimiento entre los fieles en aquel día, sería porque no habrían honrado más, ni tenido más en cuenta ni servido más al Señor Jesús con sus hechos y palabras cuando estaban en este mundo. Porque será extraordinario para todos comprobar la importancia que le da el Señor Jesús a las monedas de las viudas. Traerá a luz todos los actos de misericordia y bondad que por él hicieron cuando estaban aquí entre los hombres. Él recordará, anunciará y proclamará ante ángeles y santos aquellos hechos nuestros que ya hemos olvidado creyendo que en aquel día no merecían ninguna mención. Él las presentará con tanta presteza y tan plenamente que nos hará clamar: “Señor, ¿cuándo hice esto? ¿Y cuándo hice aquello? ¿Cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer? ¿O sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero y te servimos? ¿O desnudo y te vestimos? ¿O cuando te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a visitarte? Entonces el Rey responderá diciendo: ‘De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis. Me nutrí con el alimento que me dieron y disfruté la calidez del abrigo que me hicieron llegar. Recuerdo sus amables y reconfortan-

tes visitas cuando estuve tan enfermo y cuando caí en prisión... y tantas otras buenas obras. Bien, buen siervo y fiel... Entra en el gozo de tu Señor” (cf. Mt. 25:21-23, 34-47).

Tercero, en esa ocasión también seremos recompensados por todas esas dificultades y constantes aflicciones que soportamos por nuestro Señor cuando estábamos en el mundo. Aquí ahora Cristo, comenzando con el peor sufrimiento y terminando con el más pequeño, nos dará por cada uno de ellos una recompensa: Desde la sangre del mártir hasta la pérdida de un cabello. A nada le faltará su recompensa (He. 11:36-40; 2 Co. 8:8-14). “Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria” (2 Co. 4:17). Veamos en las Escrituras cómo Dios ha registrado los sufrimientos de su pueblo y también cómo ha prometido recompensarlo: “Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo... Gozaos en aquel día, y alegraos, porque he aquí vuestro galardón es grande en los cielos; porque así hacían sus padres con los profetas” (Mt. 5:11, 12; Lc. 6:22-23). “Y cualquiera que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna” (Mt. 19:29).

Cuarto, habrá también en aquel día una recompensa por todas las obras más secretas y más desconocidas de la cristiandad. *a.* No habrá en aquel día ni un acto de fe de nuestra alma, ya sea para Cristo o contra el Diablo y el Anticristo, que no será revelado y elogiado, honrado y glorificado en los cielos (1 P. 1:7). *b.* No habrá ni una plegaria a Dios en secreto contra nuestras propias lascivias o cuando pedimos más gracia, luz, más de su Espíritu, santificación y fortaleza para vivir en este mundo como un fiel cristiano, que Cristo no recompensará abiertamente cuando venga (Mt. 6:6). *c.* No habrá ni una lágrima derramada contra nuestras lascivias y amor por este mundo, ni por una comunión más estrecha con Jesucristo, que no esté en la redoma de Dios, por lo que en aquel día traerá una recompensa tan profusa que resultará ser una abundancia como nunca nos imaginamos que existiera. “Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque seréis saciados. Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis” (Lc. 6:21). “Pon mis lágrimas en tu redoma; ¿no están ellas en tu libro?” (Sal. 56:8). “Los que sembraron con lágrimas, con regocijo segarán” (Sal. 126:5, 6)...

Queda por decir unas pocas palabras para mostrarles también algo de lo que serán las recompensas.

Primero, los que serán encontrados en el día de su propia resurrección... Los que Dios considere que fueron los más laboriosos en su obra cuando estuvieron aquí, en aquel día disfrutarán de la porción más grande de Dios o poseerán la mayor parte de la gloria del Altísimo. Porque esa es la porción de los santos en general (Ro. 8:17; Lm. 3:24). ¿Y por qué el que hace más para el Señor en este mundo habrá de disfrutar más de él en la vida venidera? Porque por el hacer y el obrar, el corazón y cada facultad del alma se expande y aumenta su capacidad, teniendo así más lugar para la gloria. En ese día, cada vaso de gloria estará lleno de ella. Pero no todos serán capaces de contener la misma medida. Si se les tratara de dar la medida entera no tendrían lugar para ella porque hay “un cada vez más excelente y eterno peso de gloria” que los santos disfrutarán en aquel día (2 Co. 4:17) y en ese día, todo vaso se llenará, es decir, tendrá su porción celestial de ella.

No todos los cristianos disfrutan de Dios en igual medida en esta vida, ni serían capaces de hacerlo si tuvieran la oportunidad (1 Co. 3:2). Pero los cristianos que más han trabajado para Dios en esta vida, ya tienen la mayor parte de él en su alma. Esto no es sólo porque ser diligentes en los caminos de Dios es el medio por el cual el Señor se comunica, sino también porque los sentidos se fortalecen y pueden, en razón de su uso, comprender a Dios y discernir el bien, al igual que el mal (He. 5:13-14)... Pon-gamos para nosotros mismos un buen fundamento para el día cuando podamos echar mano de la vida eterna (1 Ti. 6:19). Aquí, vida eterna no se refiere a nuestra justificación del pecado a los ojos de Dios porque ésta es dada gratuitamente por gracia por medio de la fe en la sangre de Cristo (de lo que habla el Apóstol aquí es de dar limosnas). Pero es la misma parte que en el otro lugar llama “excelente y eterno peso de gloria”. Y es así que, queriendo motivarlos a realizar buenas obras, les dice que no los exhorta por gusto, “sino que busco fruto que abunde en vuestra cuenta” (Fil. 4:17), tal como lo dice en otro lugar: “Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano” (1 Co. 15:58). Por lo tanto, vuelvo a recalcar que la recompensa que los santos recibirán en aquel Día por todo el bien que han hecho, es disfrutar de Dios según sus obras, aunque de hecho, serán justificados y glorificados por gracia sin las obras.

Tomado de “The Resurrection of the Dead and Eternal Judgment” (La resurrección de los muertos y el juicio eterno) en *The Works of John Bunyan*, Tomo II, reimpreso por The Banner of Truth Trust.

